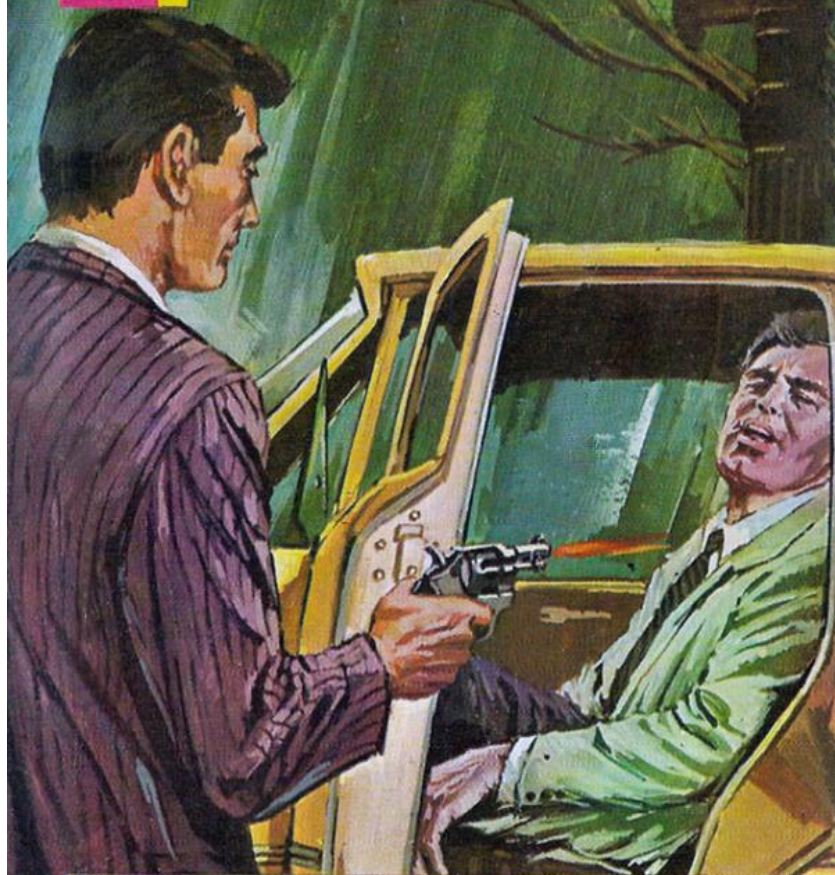




SERVICIO SECRETO

BB



NO IMPORTA MORIR

Burton Hare



BURTON HARE

**NO IMPORTA
MORIR**

SERVICIO SECRETO n.º 724
Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 11084 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: JUNIO 1964

© BURTON HARE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© MIGUEL GARCIA - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 2107/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS NOVELAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección PUNTO ROJO:

112. — La escultura de la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

718. — Fugitivo de la muerte.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

9. — No sirvo para ladrón.

PROLOGO

La lluvia caía a torrentes, como si hubieran abierto las esclusas de una gigantesca presa. En alguna parte, el cataclismo líquido debía haber causado una avería en las líneas de luz, porque los faroles se habían apagado hacía ya quince minutos y todo semejaba una masa negra, sin formas ni contornos.

Sólo al final de la callejuela, al otro lado de las vallas metálicas que circundaban el campo de aviación, refulgían, mortecinas a causa de la espesa lluvia, las luces de situación.

Había algunos coches apareados a lo largo de la calleja. Sobre las carrocerías, la lluvia crepitaba arrancando una extraña sinfonía que se mezclaba con el fragor del agua y el chapoteo sordo de las cloacas.

Todos los coches estaban a oscuras, formando parte de la masa de sombras. Pero había uno de ellos en el cual, a intervalos cada vez más frecuentes, brillaba la brasa de un cigarrillo. Un hombre permanecía sentado ante el volante, fumando cigarrillo tras cigarrillo, tieso y con los ojos muy abiertos mirando la negrura que le rodeaba cual si de ella pudiera surgir de un instante a otro un peligro determinado.

El solitario ocupante de la callejuela estaba diciéndose que tal vez había sido demasiado crédulo. Aquello tenía todo el siniestro aspecto del escenario de un film de «suspense». Ni un director medio loco hubiera podido encontrar una decoración más a propósito para una escena de crimen. Se estremeció.

Arrojó el cigarrillo a medio fumar por la ventanilla abierta, y una catarata de diminutas chispas dibujó una parábola hasta desvanecerse entre el agua. El hombre tanteó hasta encontrar el aplanado frasco, desenroscó el tapón y bebió un largo trago directamente de la botella. El *whisky* le dio ánimos. Buscó otro cigarrillo y lo encendió con el encendedor eléctrico del coche.

—Cada vez me gusta menos todo esto —refunfuñó.

Cuando advirtió que había hablado en voz alta se estremeció.

Realmente, siguió monologando sin elevar la voz esta vez, la cosa no le gustaba en absoluto. Claro que dos mil dólares... y en su situación...

Todo era muy extraño. Sin duda era algo fuera de la Ley. Nadie regala dos mil dólares en estos tiempos por una cosa tan sencilla como la que se esperaba de él. Pero si uno se detenía a pensarlo con calma, no importaba mucho la Ley cuando mediaba una suma semejante por en medio. Si uno se atenía a la Ley se moría de hambre, y si alguien lo ponía en duda no tenía más que preguntárselo a él...

—Podría decir muchas cosas sobre este tema —gruñó.

De nuevo se maldijo por haber hablado en voz alta. De un tiempo a esta parte eso le sucedía con creciente frecuencia, señal inequívoca de que algo no funcionaba como era debido en su cabeza. ¿Estaría volviéndose loco?

Naturalmente que sí, se respondió a sí mismo. Y cualquiera en su situación acabaría con la cabeza sonando a cascajo. Ahí es nada hacer lo que él había hecho. Bueno, a decir verdad, él y otros, claro... Aunque de entre ellos, pocos, muy pocos, habían tenido que... Tal vez uno o dos más...

Se concentró en estos pensamientos y se sorprendió agradablemente al darse cuenta que ese ejercicio mental le tranquilizaba, de manera que se entregó a él con entusiasmo, después de haber rebajado otro tanto el contenido de la botella.

Dos más habían estado con él... Un chico llamado Bannister, Tom Bannister y que ya estaba muerto. Se había arrojado desde un séptimo piso unos meses después de su regreso... y otro cuyo nombre era Ray... Ray Mulligan... Ese sí que era formidable como camarada...

Mulligan... casi podía verlo proyectado en el cristal del parabrisas, arrastrándose como un reptil, apretando entre los dientes aquel condenado cuchillo de monte. Y luego...

Sintió una corriente de hielo al recordar lo que siguió. Sí, Raymond Mulligan era un gran tipo, aunque ahora también tenía alguna pieza dentro de su cabeza que no funcionaba como era debido... ¿Y quién no la tendría después de aquello?

—Todos locos —gruñó en voz alta—. Como cencerros...

De pronto se irguió. Ray Mulligan podía haberle echado una mano en el asunto que él había aceptado tan alegremente. Suponiendo que encerrase algún peligro, Ray era el tipo indicado para salir de cualquier situación. Si no estaba borracho, naturalmente... ¿Por qué no se le había ocurrido pedirle su ayuda?

Claro que le habían dicho que debía actuar él solo... completamente solo... Pero no tenían por qué saberlo. ¡Qué idiota había sido! Tener a un verdadero amigo, un hombre como Raymond, y no haber pensado en él. Aparte de que, a menos que hubiese sucedido algo parecido a un milagro, Ray debía encontrarse sin un centavo, como de costumbre.

Arrojó el cigarrillo al sentir que le quemaba los dedos y encendió otro. Cada vez estaba más nervioso. Y asustado, aunque se resistía a confesárselo...

De pronto, y casi sin darse cuenta, decidió que en cuanto pudiera marcharse de allí llamaría a Raymond y le daría entrada en el juego. Se sentiría mucho más tranquilo.

En aquel instante vio destellar violentamente las luces del campo de aviación. La torre de control ardió entre la lluvia con una luz blanca y penetrante, al mismo tiempo que el resplandor de las pistas se avivaba.

Se acercaba el momento. Una vez más se dijo que no entendía nada de todo aquello. Claro que mientras le pagasen los dos mil pavos...

El, rugido de un avión al pasar en vuelo rasante casi le hizo hundir la cabeza entre los hombros. Intentó ver el aparato, pero ni siquiera pudo distinguir sus luces de ruta. La cortina de agua y la oscuridad anulaban la visibilidad a escasos metros de distancia.

El avión giró sobre el Aeropuerto Municipal. El hombre acurrucado en el coche se preguntó por qué diablos habían elegido Hawthorne Airport para el trabajo. ¿Por qué no en el Internacional, donde había mucho más movimiento y ajetreo?

Siguió escuchando el poderoso rugido de los motores hasta que, tras un *crescendo* muy cercano, se apagó y todo volvió a quedar envuelto en silencio, un silencio roto solamente por el repiqueteo de la lluvia en las carrocerías de los coches estacionados.

El solitario encendió otro cigarrillo y escrutó las sombras que le rodeaban. Las luces del campo se amortiguaron nuevamente. La

negrura lo invadió todo otra vez y los nervios del hombre se tensaron cual cables de acero.

Pasaron los minutos, él no habría podido precisar cuántos, y de pronto advirtió cierta actividad en las inmediaciones de la valla metálica. ¿Qué significaba todo aquello?

Vio una sombra que echaba a correr, alejándose. Inmediatamente, sonó el seco latigazo de un disparo... otro. Y nuevas sombras surgieron de las inmediaciones del campo lanzándose en persecución de la primera.

El hombre arrojó el cigarrillo y su mano buscó la llave de contacto. Todo aquello estaba fuera de programa.

En el mismo instante, algo semejante a una aparición se materializó junto a la portezuela. El hombre estuvo a punto de lanzar un grito. Una voz dijo:

—¿Es usted Crane?

—Sí. ¿Qué demonios significa todo este jaleo?

—No se preocupe. Ahí tiene... Tómelo.

Alargó la mano instintivamente. Un pequeño envoltorio fue depositado entre sus dedos. La sombra gruñó:

—Lárguese inmediatamente. Y tenga mucho cuidado con esto... puede costarle la cabeza, compañero. Si alguien le detiene muéstrese tranquilo... Nadie sabe que usted lo lleva.

La sombra se esfumó. Fue una desaparición casi sobrenatural, tan sorprendente como su aparición.

Crane se apresuró a poner el coche en marcha. No encendió las luces hasta que hubo dado la vuelta en medio de la calzada. Entonces aceleró, alejándose de aquellas revueltas inmediaciones.

Sin embargo, las cosas no iban a ser tan fáciles como había supuesto. Estaba llegando al cruce con el Segundo Boulevard cuando un potente foco destelló, cegándole. Al mismo tiempo, distinguió una barrera formada por dos coches policíacos a oscuras y algunos agentes armados con rifles automáticos.

Sintiendo el corazón golpearle en la garganta, Crane detuvo su auto casi rozando a los patrulleros. Dos de estos se acercaron, uno por cada lado. Vio asomar por la ventanilla el gran cañón de un rifle, al mismo tiempo que una voz seca ordenaba:

—Déjeme ver sus documentos, por favor.

—Sí... Enseguida...

Entregó al policía su tarjeta de identidad y el permiso de conducir. Al ver que el otro estaba examinándolos con toda atención preguntó:

—¿Qué es lo que sucede, agente?

—Nada. No aparté las manos del volante.

—Bueno...

El patrullero que se había situado al otro lado del coche había abierto la portezuela y asomaba su arma por ella. No estaban dispuestos a recibir ninguna sorpresa, lo cual demostraba que se trataba de algo muy serio.

Le devolvieron los documentos. El agente quiso saber:

—¿De dónde viene usted?

—Del número trescientos siete de esta misma calle.

—¿Vive allí?

—Pues no... Esto... yo... Bueno, es una chica amiga mía quien habita esa casa.

—Ya veo... ¿Cómo se llama esa niña?

—¿Es necesario esto?

—¿Para qué cree que se lo pregunto?

—Está bien... Pero no me gusta nada que puedan molestarla. Su nombre es Joyce Merlyn.

—Bueno, gracias. Puede continuar.

—¿No pueden decirme qué significa todo este jaleo?

—Ya lo leerá en los periódicos un día de estos. Vamos, siga.

Crane reanudó la marcha cuando uno de los coches estacionados maniobró para dejarle paso. Interiormente, se felicitó por su astucia. Desde luego, a pesar del alcohol y de... bueno, de lo otro, seguía conservando su inteligencia y su valor. O, por lo menos, parte de él.

Siguió alejándose a creciente velocidad, mientras se preguntaba qué demonios contendría aquel paquetito. Le hubiera gustado darle un vistazo más detenido, pero las instrucciones a este respecto eran tajantes.

Bueno, al diablo el paquete.

Atravesó todo el distrito de Lawndale sin detenerse. Después, se desvió hacia el viejo hacinamiento de edificios que formaban el baldón de la ciudad y detuvo el coche delante de un bar de los que no cierran en toda la noche. No había un solo cliente. La noche no era como para andar dando vueltas.

Se encerró en la cabina telefónica y marcó un número, tras consultarlo en una pequeña guía de bolsillo. Escuchó el timbre al otro lado llamar una y otra vez, monótono, desesperante...

¿Es que no iba a responder nunca? Se impacientó. ¿O estaba tan borracho que ni siquiera oía el teléfono?

Se disponía a colgar, descorazonado, cuando oyó que alguien descolgaba al otro extremo de la línea.

—¿Ray? —balbuceó con alivio.

Hubo una sucesión de gruñidos ininteligibles. A Crane se le antojaron los rugidos de una fiera atrapada en un cepo.

—¡Ray! —gritó de nuevo—. ¿Qué te pasa, muchacho?

—¿Quién demonios...?

Suspiró. Aquella era la voz inconfundible de su antiguo camarada.

—Escúchame, muchacho —insistió—. Tengo algo muy bueno para ti que...

—¿Quién habla? —preguntó aquella voz tartajeante.

—Estás borracho —gruñó Crane.

—Eso no es ninguna novedad. ¿Quién demonios está al aparato?

—Ellis... Ellis Crane. ¿No te acuerdas de mí, muchacho?

—¡Ellis!

Vibraba cierta alegría en la exclamación, lo que animó a Crane.

—¿Qué infierno has bebido, Ray? —indagó, riendo, completamente olvidado de sus temores.

—Una especie de veneno que se consigue, a diez centavos la copa. ¿Cómo estás, viejo?

—Bien. Tengo un trabajo, Raymond...

—Lo lamento por ti. ¿Para qué me has llamado?

—Quiero que me eches una mano, muchacho. Hay dinero a ganar. Quinientos para ti. ¿Te interesa?

—¿Quinientos machacantes? ¿Quién es aquí el que está borracho?

—Escúchame, Ray... Por Dios, sacúdete la borrachera. Tengo que trasladar un paquete fuera de la ciudad. Y entregarlo a un tipo al que no conozco, solo sé que se llama Skinner. Sin embargo, hay jaleo en alguna parte y no me gusta tal como se desarrolla el juego. Quiero que estés conmigo.

—¿Qué hay detrás de todo esto?

—Nada. Sólo entregar el paquete y habremos terminado...

—¿Para qué me necesitas si es algo tan sencillo? Mira, Ellis, entrega ese paquete o lo que sea y déjame en paz. Acércate por aquí cualquier día y beberemos juntos...

—¡Espera, Raymond! ¿No comprendes que te necesito?

Hubo un corto silencio. El nerviosismo de Crane aumentó. Luego, la voz al otro lado del hilo gruñó:

—¿Tienes miedo, viejo?

—¿Miedo? No digas estupideces —se encrespó el hombre.

Sin embargo, se reprochó esa reacción. Realmente, tenía miedo, aunque maldito si podía explicarse porqué.

—Entonces, vete al diablo. Tengo aquí una botella entera... No hay nada capaz de sacarme de la cama... por lo menos mientras me quede una gota.

—¡Raymond!

—Al diablo.

—¡Espera, no cuelgues, condenado! ¿No te interesa ganar quinientos dólares? No querrás hacerme creer que te sobra la pasta.

—No tengo un centavo... esa es la verdad. Pero no creo que te paguen ese dinero. Nadie regala billetes en estos tiempos.

—¿Qué?

—¿Cuánto te ofrecen?

Crane vaciló. Después decidió mentir.

—Mil —dijo.

—¡Ajá! Idiota. Hay truco en alguna parte... Hace años que perdí la inocencia, viejo.

—Pero, escucha, Ray...

—Mira, tira ese paquete a la basura y olvídate del asunto. No creo que te paguen...

—¡Maldita sea tu estampa! ¿No quieres despejar tu cabeza de una vez y escucharme?

—Ya nos veremos, Crane... Tengo la garganta seca de tanto hablar.

Sonó un chasquido. Crane se quedó mirando el auricular como si quisiera fundirlo. Al fin, lo colgó con un golpe seco, maldiciendo por lo bajo. ¡Haber dado con Ray en una de sus borracheras! También era mala suerte...

Regresó al coche y reanudó el viaje.

Quince minutos más tarde había bordeado las colinas de Palos Verdes, y por la autopista del mismo nombre abandonó Los Ángeles siguiendo el trazado costero de la carretera del Sur.

Ya fuera de la ciudad, Ellis Crane comenzó a darle vueltas a lo que Raymond Mulligan le había dicho por teléfono, o por lo menos a lo que él había creído entender, ya que la voz del borracho no era precisamente muy clara que digamos.

¿Y si Ray tuviese razón? Siempre había sido el cerebro del grupo, cuando operaban...

Pero, después de todo, Raymond no sabía una palabra de este asunto, y por si eso fuera poco estaba borracho como una cuba.

De pronto se dio de manos a boca con un control policíaco que bloqueaba la carretera. Sobresaltado, se detuvo y de nuevo le exigieron la documentación, le preguntaron adonde se dirigía y se vio precisado a contarles otro embarullado cuento de hadas.

Durante varias millas se cruzó con redoblada frecuencia con coches patrulleros lanzados en todas direcciones. Vio que todos los cruces estaban bloqueados y se cansó de exhibir la documentación.

Notó que crecía su alarma. Si todo aquel despliegue de la Ley obedecía al paquete que él llevaba... Aunque, después de todo, a él eso no le importaba en absoluto. Incluso tal vez pudiera conseguir algo más de dinero gracias a todo ese jaleo. Exigiría quinientos dólares más por los peligros corridos.

Dos horas más tarde aflojó la marcha y prestó creciente atención al paraje que atravesaba. Ya no debía estar muy lejos...

Vio el rótulo que le habían indicado: *Sun Ranch*.

Frenó violentamente, metió la marcha atrás y retrocedió despacio hasta, donde empezaba el camino particular del rancho, aunque este no se veía por ninguna parte.

Las instrucciones eran esperar allí, de manera que Grane encendió un cigarrillo y aspiró el humo con placer, imaginando ya los dos mil o dos mil quinientos dólares que arrancararía a aquellos tipos.

Igual que en las cercanías del aeródromo, una forma se materializó al lado del coche, produciéndole un sobresalto. Una voz gruñó:

—¿Crane?

—Sí.

—¿Lo trae?

—Sí. ¿Dónde está el dinero?

—Aquí...

Vio un fajo de billetes en la mano del desconocido... Sonrió en la oscuridad. ¡Y Raymond decía que no iba a cobrar! Valiente idiota...

Entregó el pequeño paquete. El otro lo tomó. Crane alargó la mano para recibir el dinero que veía al alcance de sus dedos.

En el mismo instante, en la otra ventanilla apareció otra forma humana. Alguien abrió la portezuela y Crane, alarmado, giró en el asiento.

Recibió los dos balazos en el pecho. El impacto de los gruesos proyectiles lo lanzaron hacia el otro lado del asiento, apartándole del volante. Sólo habían sonado dos apagados «plop» «plop» que ni siquiera llegaron a oídos del desgraciado Crane...

El olor a pólvora quemada llenó el auto. Una voz gruñó:

—¿Listo?

—¡Y tanto! Ya ha cobrado.

—Está bien. Llévate el coche de aquí y déjalo tirado en cualquier parte, lo bastante lejos para que nadie lo relacione con el rancho.

El asesino se instaló frente al volante y el coche partió. La sombra que se erguía al lado de la carretera metió los dólares en un bolsillo, el pequeño paquete en otro y dando media vuelta se encaminó al rancho andando sin prisa, contento del éxito alcanzado.

Todo había salido bien.

Excepto para Ellis Crane, naturalmente.

CAPÍTULO PRIMERO

El agua se deslizaba por los cristales de la ventana. El monótono fragor de la lluvia penetraba hasta el interior del cuarto barriendo el silencio. Era de día, pero a causa del temporal la luz llegaba tamizada, gris y sucia, hasta la cama.

Cuando abrí los ojos y miré el desconchado techo las cosas se complicaron. La cabeza empezó a girar y un par de martillos se abatieron furiosamente contra mis sienes.

Todo esto no era nada nuevo para mí. Quizá sería más acertado decir que resultaban unas sensaciones hartamente familiares. Y, como a familiares, conocía perfectamente el remedio.

Cuidadosamente, y tras meditarlo largamente, giré sobre las sábanas hasta poner los pies en el suelo. Los giros de mi cabeza aceleraron su marcha. Eso era lo peor de cada mañana... Bien, un par de comprimidos, un vaso de agua y enseguida un tintero de *whisky* y todo cambiaría. Como todos los días también, me dije que llamar *whisky* a aquella infame bazofia era un exceso de optimismo.

Tanteé la superficie de la mesita de noche hasta encontrar los comprimidos. Después, y a trompicones, me desplacé hasta la cocina. Olía a infiernos, lo que complicó las cosas. Tragué los comprimidos y el agua, no sin dedicarme algunos insultos por la gran cantidad de veneno ingerido durante la noche... y me apresuré hasta el dormitorio para terminar con lo que quedaba en la botella.

No era mucho, si he de decir la verdad. Pero fue suficiente para alejar el mal sabor de boca y la sensación de náuseas.

Cuando dejé la botella sobre la mesita tropezó con el teléfono. Eso me llevó a recordar que alguien me había roto el sueño durante la noche... ¿Quién demonios había sido el bastardo? Por su culpa había aprovechado la interrupción para casi vaciar la botella que quedaba, quedándome sin provisión líquida para el resto del día.

No podía recordar quién había telefoneado. Lo único que

recordaba era que mientras hablaba por teléfono había dejado de llover. Curioso. Recordar ese detalle y no recordar al tipo mala sombra que me había roto el sueño...

Inicié el ceremonial de todos los días. Buscar las prendas de ropa esparcidas por toda la habitación... y ponérmelas. Uno de los zapatos surgió de debajo de la cama. Contenía un calcetín agujereado. Me lancé a la caza del otro, pero el agacharme desató un infernal concierto dentro del cráneo, de manera que me dejé caer sobre el lecho y cerré los ojos. Me habían roto el sueño... ¿Quién demonios había sido el gracioso?

Estaba tratando de convencerme a mí mismo para reanudar la busca del otro zapato y su correspondiente calcetín cuando alguien llamó a la puerta. Sorprendido, giré la cabeza hacia la entrada de aquella pocilga, incrédulo. A menos que mi cerebro estuviera jugándome una traslada, tenía pagado el alquiler del cuarto hasta final de mes, de manera que nadie podía tener interés en verme...

Los golpes se repitieron y una voz de hombre ladró:

—¡Mulligan! ¿Está usted ahí?

No había duda. Venían a verme a mí.

—La puerta está abierta —dije de mal talante.

Acababa de sentarme en el borde de la cama cuando entraron.

Dos tipos. Escrito en la cara llevaban su profesión.

—¡Oh, polis! —exclamé, cerrando los ojos.

—Tipo listo —gruñó uno de ellos.

Se acercaron a mí, olfateando el aire como perros de muestra.

—¿A qué huele esto, sargento? —quiso saber el que llevaba la voz cantante.

—A cuadra —respondió el sargento.

Abrí los ojos.

—Hasta que han entrado ustedes estaba vacía —dije.

—¿Dónde ha vomitado, Mulligan? —refunfuñó el tipo—. Huele que apesta.

—Mírese los sobacos —le aconsejé— ¡tal vez descifre sus dudas.

Alargó la mano, la apoyó en mi cara y empujó, tirándome de espaldas sobre el revuelto lecho. No me gustó nada.

—Cierre el pico, Mulligan. Estamos hartos de usted, ¿sabe?

—No me dice irada nuevo. ¿Quiénes son ustedes, aparte de polis?

—Teniente Travers —se presentó el gran hombre—. Y este es el sargento Shaw.

—Ya.

—Creí que le encontraríamos más borracho de lo que está, Mulligan. El perro de muestra que hay abajo nos ha dicho que seguramente no podríamos ni despertarlo...

—Ese tipo me apreciaba. ¿Qué es lo que andan buscando? No creo que haya armado ningún escándalo esta noche pasada. Que yo recuerde, tío he salido de aquí... No me gusta la lluvia.

—Ha dejado de llover durante dos o tres horas...

—Ya lo sé...

—¿En qué quedamos?

—Lo he visto a través de la ventana... Bueno, suelte lo que trae en el buche... ¿Qué he hecho esta vez?

—Eso nos gustaría saber, tal vez nos facilitase las cosas para encerrarle una temporada.

—¿Entonces a qué han venido?

—Quiero unos informes de usted, Mulligan.

—¡No me diga! Yo informando a la policía —me eché a reír. Sin duda era gracioso el caso. Se lo dije al teniente—. Me revuelve el estómago solo de pensarlo... ¿Sabe usted? Hubo cierto tiempo en que mi trabajo era proporcionar informes a alguien más importante que usted.

—Seguro. Apuesto a que perteneció usted al F.B.I.

—No sea idiota. Hoover no hubiese permitido que uno de sus hombres acabara borracho... No, compañero. Trabajé para la C. I. A.

—Usted y muchos otros, durante la guerra. Pero de eso hace un montón de años... Eh, un momento. Usted no es tan viejo como todo esto. Durante la guerra usted debía estar en la escuela...

—Le estoy hablando de hace tres años...

Rechinó los dientes.

—¿Quiere tomarme el pelo? —bramó, colérico—. Basta de tonterías. Quiero hablarle de un compañero suyo... hace poco más de un año se les veía siempre juntos. Cuando uno estaba borracho el otro trataba de ganarle. Terminaban siempre en el Precinto... después de haber armado algún escándalo.

—¿Quién era ese camarada?

—Ellis Crane.

Eso me dio mucho que pensar. Ellis... ¿Cuánto tiempo hacía que no sabía de él?

—¿Qué pasa con él? —dije de mal talante—. ¿Le ha sacudido a algún poli?

—Que yo sepa no... ¿Cuándo lo ha visto por última vez?

No lo sé... Hace muchísimo tiempo... Años tal vez.

—No tanto...

—Bueno, no lo recuerdo. ¿Qué ha hecho?

—Primero responda usted a mis preguntas. Después responderé yo a las tuyas si me da la gana.

—Muy amable...

—¿No puede recordar cuándo ha hablado con él por última vez?

—No; ya le he dicho que...

Me interrumpí. ¡La llamada telefónica! ¡Crane era quien me había sacado de mis sueños! Naturalmente... ¿Cómo había podido olvidarlo?

El teniente Travers se había inclinado sobre mí. Tenía unos ojos muy negros y vistos de cerca uno se daba cuenta de que en aquel hombre había algo muy peligroso.

—Vamos, Mulligan; termine...

—Cállese, condenado. Necesito pensar.

El sargento soltó una risita. Comentó con voz cargada de sarcasmo;

—Apuesto que se le ha olvidado qué es esto.

No despegué los labios. Intentaba concentrar todas las energías de mi mente en recordar qué me había dicho Ellis por teléfono. Si decía yo algo sin sentido podía meterlo en un lío... si es que no estaba ya metido en él.

—¿Quiere hablar de una vez o tendré que sacudirle? —refunfuñó el teniente.

—Espere... no consigo acordarme...

—¿De qué?

Sacudí la cabeza convencido de que sonaría a cascajo. Algo debía estar suelto dentro de ella a juzgar por cómo me dolía.

Lo único que pude recordar fue algo sobre un trabajo que Ellis tenía para mí... Un trabajo por el que iban a pagar quinientos dólares... Todo lo demás quedaba sepultado en las regiones del

olvido.

De todas formas, eso era también un consuelo. Si no recordaba nada no podría complicarle la vida a mí ex camarada...

—¿Y bien, Mulligan? —refunfuñó Travers, impaciente.

—Escuche usted, y luego lárguese —dije abruptamente—. Esta noche pasada Ellis me ha llamado por teléfono... o por lo menos me ha dicho que era él. Ha sido cuando ha dejado de llover y...

—Espere un poco —me atajó—. ¿Está seguro que era él quien hablaba?

—No. Ha dicho que era Ellis y yo lo he creído. ¿Por qué tenía que dudar?

—No lo sé. ¿Por qué no lo ha recordado hasta ahora?

—Porque mi cabeza está en las últimas. Me duele como si estuviese metida en un cepo. ¿No sabe usted lo que es eso que llaman resaca?

—¿Qué le ha dicho su compinche? —preguntó, sin hacer caso de mí sarcasmo.

—Lo crea o no, solo recuerdo que deseaba ofrecerme un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—No lo recuerdo, teniente. Y aunque me ponga cabeza abajo conseguiré sacarme nada más. Mis recuerdos se esfuman aquí.

—Si recuerda usted lo referente a ese trabajo también puede acordarse del resto —gruñó, furioso—. Vamos a ver, ¿qué clase de trabajo era ese?

—Es inútil... Si Ellis lo ha mencionado yo lo he olvidado.

—Imagino que debía estar usted completamente borracho...

—Algo así...

Soltó un juramento. Sorprendí la mirada que se cruzó entre él y el sargento. ¿Qué demonios habría hecho Ellis?

Decidí que ya era hora de saberlo.

—¿Puedo saber ahora por qué andan ustedes tras sus huellas?

Me miró con desprecio. Decididamente, no le gustaban los borrachos.

—¿Quién le ha dicho que andamos detrás de su compinche?

Eso sí quedaba fuera de mis alcances.

—Si quiere jugar al escondite puede seguir así —solté de mal talante—. Vienen aquí en plan de matones, me zarandean y me inundan con preguntas idiotas. Y después resulta que no están

buscando a Ellis Crane. ¿Es para mandarles al diablo o no?

—Ya tenemos a Ellis Crane —afirmó con forzada calma.

—¿Qué?

—Lo tenemos en el lugar más seguro que hay. Tendido sobre una mesa de mármol, cubierto con una sábana y refrigerado.

Sentí una sacudida en todos los nervios de mí cuerpo.

—¡Muerto! —conseguí articular.

—Ajá. Completamente muerto.

No era posible. O estaban tendiéndome una estúpida trampa o...

—¿Cómo ha muerto? —quise saber.

—Alguien debe haberse cansado de sus borracheras, o quizá ha armado un escándalo demasiado fuerte esta vez; el caso es que le han clavado dos plomo del «45» en el pecho...

No dije nada. Travers no podía tramar una comedia hasta semejante extremo. Sin embargo, tampoco podía meterme en la cabeza que Crane estuviera muerto. Pocas horas antes estaba hablando conmigo por teléfono...

—¿Qué dice ahora, Mulligan? Tengo la idea de que la noticia no le ha gustado.

—Acierta. ¿Cómo lo han encontrado, dónde estaba?

—Comienza a interesarle, ¿eh?

—No tiene usted idea de hasta qué punto me interesa.

—Bueno, vístase.

—¿Por qué?

—Alguien tiene que identificarlo oficialmente. No sabemos que tenga ningún pariente, así es que usted va a venir con nosotros.

Estuve a punto de darle las gracias. Perdí unos minutos buscando el zapato que me faltaba. Lo encontré bajo el armario, lo mismo que el calcetín. Al resto de prendas resultó fácil echarles el guante y diez minutos más tarde estábamos atravesando las calles a bordo del coche policíaco.

El teniente estaba sentado a mí lado, en el asiento trasero. Junto al conductor iba el sargento.

Travers soltó, como sin darle importancia:

—¡Ha recordado ya lo que habló con Crane?

—No. Pero lo recordaré... Tengo que acordarme...

—No lo conseguirá mientras siga bebiendo como una esponja.

—Eso es algo que no le importa a usted. A menos que se decida

a pagarme usted la bebida.

—Siga soñando.

Calló, que era lo que yo deseaba. Seguí esforzándome, exprimiendo mi cerebro. Estaba casi seguro que Ellis no había mencionado la clase de trabajo que tenía entre manos. Sin embargo, algo importante había dicho. No era más que una sensación, algo que fluctuaba entre las ruinas de lo que era mi memoria, pero tenía que aclararlo.

—¿Dónde lo han encontrado? —pregunté de pronto.

—En la carretera, dentro de un coche.

—¿De quién era el coche?

—Crane lo había alquilado ayer por la tarde.

Otro contrasentido.

—¿Está seguro de esto? No hay ninguna empresa de alquiler que le entregase un coche a Ellis sin depositar una fuerte suma como depósito.

—Lo mismo que a usted, ¿no?

—Ríase todo lo que quiera, pero es así.

—El depositó esa fianza.

—No lo creo, teniente.

—¿No?

—Nunca ha tenido dinero suficiente para depositar una fianza semejante desde hace dos años. Lo necesitaba todo para beber... lo mismo que yo —reconocí con cierta amargura.

—Pues esta vez debió tenerlo. El coche está alquilado por él.

—O por alguien en su nombre.

—¿Por qué tenía alguien que molestarse en esa comedia? Eso es algo que se descubre tarde o temprano.

—Quizá para convencer a Ellis a aceptar alguna cosa... Ese trabajo de que me habló por teléfono...

Entonces lo recordé. Fue algo semejante a una llamarada, una descarga que pusiera luz en mi revuelto cerebro.

—¡Ya lo tengo! —exclamé, sin poderme contener—. Ya lo recuerdo; Iban a pagarle mil dólares.

—¿Mil dólares? ¿Qué demonios le habían propuesto?

—Ahí está lo extraño de todo esto. Él me dijo que solo se trataba de sacar un paquete de la ciudad y entregarlo a cierto individuo, Hecho esto le pagarían. Pero según él había algo que no le gustaba

y me dijo que estaría más tranquilo si yo estaba a su lado... Por ese trabajo me ofreció quinientos pavos... Y yo lo rechacé... ¡Maldito sea! Si hubiera aceptado Crane estaría vivo.

—O tal vez estarían los dos en el depósito... Vamos a ver si aclaramos bien esto. ¿Por qué rechazó usted un trabajo que iba a reportarle quinientos machacantes? No me diga que tiene dinero de sobra, Mulligan, porque no estoy de humor para reírme.

—Yo estaba seguro de que era un engaño... No pude creer que nadie repartiese dinero de esta manera, y menos por una cosa tan sencilla como sacar un paquete de la ciudad. Y, si era tan sencillo como Ellis me dijo por teléfono, pensé que tampoco me necesitaba... ¡Maldita sea! ¿No se da cuenta? Yo estaba borracho y lo único que deseaba era tumbarme en la cama y dormir.

—Ya veo...

El coche se detuvo y entramos en el depósito. El penetrante olor a formaldehído me revolvió el estómago y temí que no pudiera resistirlo. Pero el teniente me empujó hacia el sótano después de hablar con un hombre cubierto por una bata blanca.

Mientras descendíamos gruñó:

—Están a punto de «destriparlo». Hemos llegado a tiempo.

Mi estómago, ya bastante castigado, pegó un salto y cosquilleó en mi garganta. Imaginé que todo terminaría muy mal.

Ellis estaba tendido, rígido, sobre una mesa de mármol. Al lado de la mesa había una camilla con ruedas, lo que me hizo pensar que estaban a punto de trasladarlo para proceder a la autopsia...

Sin duda alguna era él. Se habían tomado la molestia de limpiarlo, y sobre su pecho aparecían los dos rosetones de las heridas, pero no había rastro de sangre. Estaba desnudo.

—¿Lo reconoce? —preguntó Travers.

—Sí. Es Ellis Crane.

Se había acercado un tipo vestido de blanco, que esperó a que yo hubiera reconocido el cadáver antes de hablar.

—¿Va usted a hacerse cargo de él? —quiso saber.

Miré a Travers. Este se encogió de hombros.

—No tengo dinero para organizar el entierro —dije. Pero entonces se me ocurrió algo. Mis dientes rechinaron y añadí—: No obstante, sé quien se encargará de todo...

Travers se interesó:

—¿Quién?

—Tengo que hablar por teléfono a larga distancia.

—Bien... ¿A qué espera?

—Antes me gustaría saber qué se proponen hacer ustedes con él.

El médico dijo:

—Después de la autopsia quedará en la «nevera» si alguien tiene que correr con los gastos del entierro. ¿Era católico?

—Sí.

—Malo. No pueden incinerarlo en ese caso...

—Yo lo arreglaré —prometí.

Estaba a punto de alejarme de allí cuando escuché la voz del médico dirigiéndose al teniente.

—Por si le interesa —estaba diciendo—. Ese hombre era un adicto a las drogas... Seguramente a la heroína...

Giré en redondo. Travers refunfuñó:

—¿Seguro, doctor?

—Completamente. No hay más que verle las pupilas, Y, por si eso no fuera bastante, fíjese...

Señaló un sin fin de diminutos puntitos marcados en la piel de las nalgas del cadáver.

—El mismo se inyectaba —afirmó—. Esas inyecciones están puestas de cualquier manera.

—Comprendo —se volvió hacia mí—. ¿Sabía usted algo de eso, Mulligan?

—No... Nunca lo supe. Sabía que bebía mucho, pero no que tomaba drogas.

—Después de la autopsia podré decirle exactamente de qué droga se trata —afirmó el médico.

—Muy bien, doctor. Mándeme el informe al despacho, por favor. Vamos, Mulligan.

Me llevó con él hasta el coche, y sin soltarme me trasladó a su oficina. Se me antojó que era la más desordenada del rutilante edificio de la Ley.

—Ahora puede efectuar esa llamada a larga distancia —dijo, hundiéndose en el sillón giratorio.

—Gracias...

Marqué el número que sabía de memoria y esperé. Contestó la telefonista y entonces le pedí:

—Con Washington, señorita...

Travers pegó un respingo y escuchó, estupefacto, el número que le indiqué a la muchacha. Abrió la boca, como dispuesto a decirme algo, pero la volvió a cerrar.

Colgué el aparato y dije entre dientes:

—No sabe cuánto celebro estar más o menos sobrio esta mañana...

—¿Sí? Eso debe ser algo desacostumbrado en usted, Mulligan.

—Lo es, aunque usted se ría de ello... No puede comprender...

—¿Comprender qué?

—Nada.

El teléfono llamó. Tomé el auricular y escuché el anuncio de la conexión. Cuando esta estuvo hecha pedí:

—Con míster Chattaway, por favor.

Una voz débil inquirió:

—¿Quién le llama?

—Mulligan, desde Los Ángeles.

—¿Quién es Mulligan?

Estuve a punto de recordarle a su madre, pero me contuve a tiempo. Me limité a anunciar:

—«Era» un tipo llamado Polansky en cierta ocasión. En otra me llamaron Cihuk Abu Gamal... y también S. 5. Hay media docena más de nombres que puedo darle.

—Espere... No se retire...

—Váyase al infierno y llame al viejo tiburón.

Travers estaba tan inquieto que daba la sensación de estar sentado sobre un tablero cuajado de clavos.

Al fin escuché una voz bronca, aunque débil por la distancia, que gruñó a través del hilo:

—¿Qué clase de mascarada es esta?

—¿Chattaway? —pregunté.

—Al habla.

—Aquí Mulligan. Creo que le interesa saber un par de cosas, Chattaway... ¿Recuerda a Ellis Crane?

Hubo un corto silencio. Casi podía ver la cara contraída de aquel viejo y eficiente bastardo.

Cuando habló no parecía muy feliz.

—No creo que deba recordar ese nombre —gruñó.

—Pues haga un esfuerzo. Ha sido asesinado esta noche pasada. Alguien debe hacerse cargo del entierro, viejo.

—Mi nombre es Chattaway —refunfuñó—. En cuanto al entierro de ese hombre, no veo qué tiene esto que ver conmigo...

—Yo sí lo veo. Usted es un militar y está muy cómodamente sentado detrás de esa rutilante mesa, mandando a los desgraciados a la muerte o a la locura. Mueva sus posaderas y venga para acá, «viejo», y hágase cargo de todo. Crane fue uno de los mejores hombres que ha tenido usted jamás.

—¿Y qué? —había hielo en aquella voz.

Solté una risita.

—Bien, creo que si no viene para acá y consigue un entierro decente para Crane, y cuando digo decente quiero decir eso precisamente, empezaré a hablar con algunos periodistas sobre nuestras pasadas aventuras. Eso no le gustará a usted, ¿eh, viejo?

—¡Mulligan!

Colgué el auricular. Noté que pequeñas gotas de sudor se deslizaban de mí frente.

Travers tragó saliva.

—¿Qué significa todo esto? —quiso saber.

—Usted verá...

—¿Quién es ese Chattaway?

—Ya lo conocerá usted cuando llegue a Los Ángeles. Puede apostar todo su dinero a que vendrá como un cohete.

—Pero... No comprendo...

—El «viejo» es todo un general... un elegante, listo y despiadado general. Tiene un estupendo despacho en el Pentágono, por si le interesa saberlo.

No encontró nada que decir, pero sus ojos eran dos dardos que me atravesaban.

Pasado un minuto gruñó:

—¿Y cree que un tipo así vendrá aquí, solamente porque usted le ha llamado?

—Seguro... Oiga, teniente, ¿no tendrá usted una botella escondida en alguna parte?

—Olvídese de la bebida, Mulligan. Cuénteme algo de Crane.

—No hay nada que contar... de momento. ¿Sabe usted, Travers? Jamás pude imaginar que Ellis terminaría así...

—¿Cómo pensaba usted que terminaría?

—Pegándose él un tiro... o arrojándose por una ventana. Ya hubo uno que lo hizo... desde un séptimo piso. Me alegro que haya muerto así, como un hombre.

—Está usted loco.

—Tal vez... Una vez alguien dijo que lo estaba y creo que entonces tenía razón. Pero siempre es mejor morir cara a cara, luchando, que arrojarse por una ventana o volándose la cabeza. Eso lo considero demasiado sucio.

—O deja usted de beber o acabará con la camisa de fuerza, Mulligan.

—¿Puedo marcharme?

—Sí... creo que sí. Si recuerda algo más de lo que Crane le dijo por teléfono venga a verme. Tengo la idea de que a usted le gustará que echemos el guante al asesino de su compañero. ¿No es así?

—Sí.

—Okey. Hasta la vista.

Abandoné la oficina del teniente con mi cabeza a punto de estallar. Sólo había una cosa que me alegraba; pensar que el “viejo” estaría en aquellos instantes tan inquieto que la camisa no le llegaría al cuerpo.

CAPÍTULO II

—Es la última vez, Ray —afirmó Benny desde el otro lado del mostrador.

Engullí la mitad de la bebida y luego le miré fijo.

—¿Es que he dejado de pagarte alguna vez, roñoso? —le espeté, indignado.

—No... eso es verdad. Pero yo sé lo que me cuesta cobrar. Ya estoy harto de disgustos.

—Mira, judío; el día que me canse de ti voy a pasarte este tugurio por una máquina de trincar carne y verás lo que queda de él.

—Okey, pero hasta que llegue ese día quiero qué me pagues lo que bebas.

—Vete al infierno.

Había dejado la botella sobre el mostrador, al alcance de mi mano. Eso era una equivocación por su parte. Le eché la zarpa y salté del taburete, alejándome hacia la mesa del rincón.

—Tómalo con calma, judío —le aconsejé, riendo.

No se lo tomó con calma. Estuvo soltando amenazas hasta que le faltó el aliento. Eso no me importó demasiado, entre otras razones porque, aparte de llamar la atención de los escasos parroquianos, no consiguió que le devolviese la botella. Y él sabía perfectamente que era peligroso salir del mostrador para quitármela.

Estuve bebiendo largo y tendido, vaso tras vaso, pensando en Ellis y en su muerte. Comenzaba a darme cuenta de algunas cosas que me habían pasado por alto... y ninguna de ellos me gustaba.

Llevaba media botella en el estómago cuando acabé tomando una determinación. Sin embargo, necesité unos tragos más para reconocerlo.

Volví atrás en el tiempo. Empecé a pensar que era curioso lo

que estaba sucediendo. De los tres que habíamos conseguido regresar del infierno, solo quedaba uno: Yo.

Tom Bannister se había arrojado desde un séptimo piso haciéndose papilla en la acera. Ellis Crane se había dejado matar estúpidamente dentro de un coche después de haber esquivado a todo un ejército de sabuesos lanzados tras sus huellas... ¿Cómo acabaría yo?

Si tenía que hacer caso a algunas opiniones desinteresadas, mi fin llegaría con un ataque de *delirium tremens*. No era una perspectiva nada agradable, pero tampoco me preocupaba mucho mientras tuviera una botella a mí alcance.

Una y otra vez, mi pensamiento volvía a caer sobre Ellis Crane y su llamada telefónica. Debía haberse encontrado en un verdadero aprieto para pedirme ayuda. ¿Qué demonios debió haber visto para sentir miedo, un hombre como, él, que estaba acostumbrado a enfrentarse con peligros que harían temblar a una estatua de bronce?

Todo esto venía a cuenta de que, inconscientemente, estaba sintiendo cierto remordimiento por no haber aceptado la proposición de echarle una mano... Si yo hubiera estado a su lado...

Quizá fuese cierto lo que Travers había dicho, que ahora estaríamos los dos sobre un par de mesas de mármol, pero eso quedaba por ver. ¿Por qué demonios no le hice caso?

Al diablo con todo.

Llené la copa y la vacié después a pequeños sorbos. La cosa estaba poniéndose buena. Mi estómago se había asentado y una niebla muy agradable comenzaba a envolver lo que quedaba de mi cerebro. Si uno se detenía a pensarlo, el alcohol es un gran medicamento... sobre todo para tipos como nosotros, desquiciados y...

Fuera con todo. El pobre Crane no había tenido suficiente con el alcohol y había pedido ayuda a la heroína. El pobre y estúpido Ellis Crane, el niño mimado del grupo...

¿Quién le habría clavado los dos plomos? Me hubiera gustado tenerlo entre mis manos solo cinco minutos... No, con tres minutos serían suficientes. Todos nosotros sabíamos cómo emplear esos minutos sobre un bastardo de aquellos. ¿Por qué no hacer lo mismo

con el matador del pobre Ellis? Ya lo creo que me gustaría... ¿Quién demonios debía ser?

Eché un vistazo al contenido de la botella. Más de la mitad había desaparecido. La cosa estaba poniéndose fea.

Beber con tiento, eso es... Lo malo está en que uno no puede saber qué significa tiento cuando tiene la botella en la mano...

Llené la copa. Desde la barra, Benny estaba mirándome por el rabillo del ojo, seguramente esperando con impaciencia que yo desapareciese debajo de la mesa. Estaba listo... Podía esperar sentado...

Bebí la copa de un trago y volvía a llenarla. Le hice una mueca al dueño del tabernucho y él volvió la cabeza hacia otro lado. El maldito bastardo... ¿Es que no le pagaba cuando tenía dinero? Pues entonces...

¿Quién habría sido el matador del pobre Ellis? Recordé la voz de mí viejo camarada cuando estaba hablándome por teléfono. Parecía asustado, a pesar de que lo que tenía que hacer era muy fácil... entregar un paquete a un tipo llamado Skinner y asunto terminado.

¡Skinner!

Casi me levanté a causa del respingo que di al recordar el nombre.

¡Skinner! Al fin lo había recordado. Crane tenía que entregar los documentos a un fulano llamado Skinner...

Skinner era el asesino. Si pudiese encontrar a semejante cerdo podría enténdrmelas con él. No debía ser un trabajo muy difícil si ese era su verdadero nombre...

Decidí celebrarlo con un par de copas más. La sucia decoración del tugurio empezó a oscilar blandamente, como una cortina mecida por el aire... Vagamente, pensé que si quería enténdrmelas con el tal Skinner tenía que dejar de beber.

Dejar de beber. Ese era el lema del "viejo". No beber... No amar. Máquinas. Los hombres que trabajábamos para él teníamos que ser máquinas...

Al diablo el viejo.

Tragué otra copa a pequeños sorbos. De seguir dando fin a la botella acabaría tendido bajo la mesa, que era lo que Benny estaba esperando. No iba a darle ese gusto, pero tampoco pensaba

devolverle los restos de la botella.

Me levanté y volví a caer sentado. Estaba mucho peor de lo que había pensado. Estuve unos minutos inmóvil, tratando de convencerme a mí mismo de que podía andar perfectamente y dejar chasqueado al judío que me espiaba desde el otro lado de la barra.

Al fin, y adoptando ciertas precauciones, abandoné la silla y apoyándome en los respaldos de las que había en otras mesas llegué junto al mostrador. Llevaba la botella en la mano derecha y la enarbolé como una bandera.

—Apúntala... Benny —dije como despedida.

La suya expresó sus sentimientos.

—Así te pille un camión —dijo.

—No sientes lo que dices, viejo...

Salí a la calle y anduve a trompicones hasta la esquina. Nadie pareció prestarme mucha atención. Naturalmente, un borracho por aquellas latitudes es algo tan familiar como el vendedor de corbatas.

Conseguí entrar en el hotel donde tenía alquilado un apartamento. Llamar hotel a semejante pocilga es pecar de un exceso de optimismo, pero eso da tono.

El portero apenas si me miró cuando pasé por el vestíbulo.

Cuando conseguí cerrar la puerta de la habitación detrás de mí lancé un suspiro de alivio. Allí dentro me sentía a salvo.

Dejé cuidadosamente la botella sobre la mesa y después me dediqué a revolver los cajones de un viejo mueble que estaba adosado a un rincón. Al fin encontré lo que buscaba, pero no me atreví a tocarlo al principio...

Aquello pertenecía a otra época, casi a otra vida. Una vida que había quedado atrás anegada en sangre...

Al fin, encontré el valor suficiente para coger el paquete envuelto en trapos sucios de grasa y aceite. Poco a poco, con dedos torpes y temblorosos, fui desenvolviendo los trapos. Cuando apareció el contenido experimenté una especie de tirón en todas las fibras de mí cuerpo. Imagino que los caballos del ejército deben sentir algo semejante cuando oyen el clarín de guerra...

La «Luger» conservaba su brillo. La grasa la había conservado perfectamente. Y el cuchillo brillaba con reflejos de muerte... Casi

podía sentir su frío contacto entre los dientes.

Tomé el cuchillo primero. Mi mano temblaba al sostenerlo. Ya no era la misma mano de entonces, pero podía empuñarlo de nuevo si llegaba el caso... Y el caso llegaría si podía echarle la garra encima a Skinner, fuese quien fuera aquel hombre.

La ancha hoja, perfectamente equilibrada, ejercía una especie de atracción sobre mí. Siempre la había ejercido...

Dejé el afilado puñal a un lado y tomé la pistola. El largo cañón estaba resbaladizo por la grasa. Tendría que limpiarla o no me serviría de nada... Era un *arma* capaz de volarle la cabeza a un elefante, con enormes proyectiles. Había pertenecido a un oficial alemán y de él había pasado a manos de mí padre como herencia póstuma. Y conmigo había recorrido medio mundo, aullando su canción de muerte en más de una ocasión a pesar de que, oficialmente, ya no había guerra...

Con piernas vacilantes, fui a tenderme a la cama en compañía de la «Luger» y los trapos. Pacientemente, con manos que habían perdido su maestría, procedí a desmontar el arma, limpiando cuidadosamente cada pieza, con la mente vacía de ideas, esforzándome en no pensar en nada más que en la tarea que, casi inconscientemente, me había impuesto.

Estaba terminando de montarla de nuevo cuando alguien llamó suavemente a la puerta. Aquello estaba pasando de broma. Dos visitas en un mismo día era algo que quedaba fuera de toda comprensión.

—Entre —gruñí, escondiendo el arma bajo la almohada.

Se abrió la puerta y entró. Quedé sentado en el lecho de un brinco. Pensé que estaba mucho más borracho de lo que había estado nunca. Aquella clase de apariciones nunca habían venido a visitarme ni en los sueños más locos que el *whisky* había provocado.

—Usted es Mulligan, ¿no es cierto? —murmuró la aparición.

No respondí porque no encontré la voz por ninguna parte.

La recorrí de arriba abajo con la mirada. Era exactamente lo que soñamos de niños cuando nos hablan de las hadas, pero corregida con una gran dosis de lo que los tipos de Hollywood han dado en llamar *sex-appeal*.

Al ver que no le respondía, cerró la puerta y dio un vistazo a su alrededor. Arrugó su naricita. No era un espectáculo para una

mujer semejante.

—No parece que sea usted muy cuidadoso —refunfuñó con disgusto.

Buscó una silla, echó al suelo los periódicos atrasados que había en ella y se sentó, mirándome escrutadoramente. Conseguí hallar parte de mí voz para indagar:

—¿Está segura de que me busca a mí?

—Si es usted Raymond Mulligan, es usted a quién busco.

—Ese es mi nombre. ¿Cuál es el suyo?

Sonrió. El sucio apartamento brilló con aquella sonrisa, jamás había contemplado nada tan hermoso.

—Bárbara Taylor...

—Sigo sin saber quién es usted —dije, en un vano intento de que mi voz fuera segura.

—He tenido que revolver medio mundo para dar con usted, Mulligan —afirmó, con lo que acabó de sorprenderme.

—¿Sí?

—El teniente Travers me ha dado sus señas. Afortunadamente, se me ha ocurrido acudir a él.

—¿Por qué?

—Porque Travers es quien está encargado del caso Crane...

Pensé que no era una niña tonta. Sabía usar la cabeza.

—¿Y bien? —gruñí, disgustado conmigo mismo—. ¿Qué interés es el suyo en este asunto de Crane?

—Es largo de explicar, y un poco complicado. Además, quizá no le guste a usted lo que voy a decirle.

—Eso no lo sabremos hasta que lo haya soltado, así que cuanto antes termine mejor.

Comenzaba a recuperar mi sangre fría, cosa que no era nada fácil teniéndola a ella delante.

—No es usted muy amable, Mulligan —comentó, sonriendo de aquella manera que a uno le volvía loco.

—No veo la necesidad de serlo. Estoy acostumbrado a que la gente que viene aquí es solo para crearme complicaciones.

—Depende de cómo se mire...

—Bueno, al grano, muñeca. ¿Ha dicho que se llama Bárbara?

—Bárbara Taylor.

—Está bien, Bárbara... Diga lo que lleva dentro y acabemos.

—Creo que será mejor ir al grano como dice usted —masculló, ofendida—. Pensaba darle una explicación lo bastante extensa para hacerle comprender algunas cosas, pero **estoy** segura de que sería perder el tiempo.

—Ya veo...

—He venido a verle porque mi tío me ha llamado por teléfono... desde Washington.

Eso me interesó.

—Siga. ¿Tengo que felicitarla por tener un tío en la capital?

—Ahórrese los sarcasmos. Mi tío se llama Abbot Chattaway.

No salté hasta el techo porque me faltaron las fuerzas. ¡Sobrina del «viejo»! Aquello se prestaba a muchas especulaciones. Mi mente no estaba tan anegada en alcohol que no pudiera imaginarlas.

—¿Qué le pasa al viejo, no piensa venir?

—Sí... Saldrá esta noche en avión. Pero ha querido asegurarse de que usted no iría a contar nada a los periodistas entre tanto.

—¡Atiza! Y la ha mandado a usted para vigilarme... ¿Es que se ha vuelto loco?

—No veo por qué tendría que estar loco. No es la primera vez que hago algo para él.

—Es para echarse a llorar. ¿Qué cree que podría hacer usted si yo decidía salir de aquí para entrevistarme con cualquier reportero?

No contestó enseguida. Se quedó quieta, mirándome con una sonrisa burlona en sus labios.

—Hay mil maneras de impedirle hacer eso —dijo al fin—. Aunque no me gustaría tener que emplear ninguna de ellas. Sería un abuso, porque usted está borracho.

—¿No le gustan los borrachos? —me eché a reír en su cara. No me gustaba nada el giro que estaba tomando la entrevista. Aquella condenada criatura había conseguido colocarme a la defensiva.

—¿Hay alguien a quién le gusten? —refunfuñó.

—Sí... a mí.

Me levanté y, tambaleándome, me acerqué a la mesa y tomé la botella. Con ella en la mano regresé a la cama y me senté.

—Siga hablando —dije—. Me gusta su voz.

No habló. Contempló fríamente como daba cuenta del escaso

contenido de la botella. Eso aún le gustó menos.

—Espero que no tenga otra botella a mano —dijo cuando la dejó en el suelo, completamente vacía.

—Por desgracia no. ¿Cómo piensa usted vigilarme, Bárbara? ¿Quedándose aquí hasta que llegue su tío?

—Si es necesario, ¿por qué no? Pero no creo que sea necesario. Si usted me promete...

—Nunca crea en la palabra de un hombre... y menos si ese hombre ha sido tan imbécil como para haber trabajado alguna vez para el viejo Chattaway.

—Ya comprendo... Odia usted a mí tío.

—No sé si es odio lo que me inspira... Hay veces en que lo admiro. Se necesita muchísimo valor para mandar a los hombres a la muerte con la sonrisa en los labios.

—Ya comprendo —repitió—. ¡He de entender que no piensa darme su palabra de esperar a que llegue él antes de entrevistarse con los periodistas?

Había ansiedad en su voz. Era aquella una situación que me divertía y me propuse amargarle el día, a ella y a su famoso tío.

—No voy a darle semejante palabra —afirmé—. Entre otras cosas porque tampoco la cumpliría.

—Ya veo... Es una lástima, Mulligan. Después de todo, no es usted tan desagradable como se empeña en aparentar...

Había abierto el bolso mientras hablaba, y cuando calló vi aparecer en su mano una pequeña pistola de cañón desmesuradamente grueso. Pagué un salto. Conocía muy bien aquella especie de arma.

—¡Eh! —exclamé—. No se atreverá a...

¡Vaya si se atrevió! Aquella especie de juguete dejó escapar un débil silbido, hubo una nubecilla delante de mí cara y todo se apagó tan completamente como si hubiera entrado en la noche eterna...

CAPÍTULO III

Cuando comencé a revivir era noche cerrada. Eso debería haberlo sabido si hubiese podido pensar durante mi desvanecimiento, porque yo conocía a la perfección aquella clase de armas de gas. La había empleado más de una vez.

Sin embargo, en los primeros instantes, me sentí como un recién nacido, sin recuerdos, sin ideas... Y con unas inmensas náuseas, cosa que dudo experimenten los recién nacidos.

A medida que fui recobrando la conciencia me di cuenta de que estaba tendido en la cama, cara al techo y respirando como un fuelle estropeado.

Una voz dijo:

—Siga quieto, Mulligan, y pronto se encontrará bien.

Era una voz como un témpano, desprovista de todo sentimiento.

La voz del «viejo».

Traté de verlo, pero todavía flotaba ante mis ojos una espesa niebla.

De pronto las náuseas me dominaron. A tientas, me levanté, tropezando contra una silla. Mis piernas me fallaron, y di de cara contra el suelo, mientras aquella voz meliflua gruñía algo que no entendí.

Unas manos vigorosas me levantaron y cuando volví a percibir parte de mis sensaciones me encontré en el cuarto de baño. Me encontraba infernalmente mal.

—Todo esto le pasa por entregarse a la bebida —me notificó mi antiguo jefe.

Si hubiese tenido fuerzas suficientes para aplastarle la cara lo hubiera hecho. Pero estaba tan débil que apenas podía sostenerme. No sé cómo conseguí volver al lecho y dejarme caer sobre él igual que un fardo.

—Así... que ha venido... viejo bastardo...

—¿Qué podía hacer? —se quejó—. Y precisamente ahora, maldito sea usted.

Era la primera vez que lo oía jurar y maldecir. Había conseguido sacarlo de sus casillas. Todo un general... y podía reírme de él.

—¿De dónde la ha sacado? —balbuceé, incorporándome sobre un codo.

Entonces pude verlo. Estaba sentado, muy tieso, y tenía todo el aspecto de un aristócrata del Sur, uno de esos tipos que tienen la firme idea de que la guerra es algo noble y limpio... Un arte. En Washington causaba sensación en los salones aristocráticos. Poca gente, muy poca, sabía realmente cuál era su verdadero trabajo.

—¿A qué se refiere? —inquirió suavemente.

—A la monada que me ha enviado. A esa hermosa gata aficionada a las pistolas de gas.

Sonrió levemente y giró la cabeza. Entonces descubrí a la muchacha. Todavía estaba allí, sentada en una silla que había apartado lo suficiente del cuarto para pasar casi inadvertida.

—Vaya, la hermosa Bárbara...

Ella sonrió abiertamente, con alegría. Le divertía todo aquello, como si fuera un juego... Me pregunté si ella conocería la clase de «juegos» a que se entregaba su aristocrático tío.

Mi cabeza comenzaba a estarse quieta, pero mi estómago todavía daba saltos.

Ella dijo:

Gracias por llamarme hermosa. Después del gas, es un grato detalle por su parte.

—Hermosa gata es lo que yo he dicho... No me gustan los gatos.

—Déjese de tonterías, Mulligan —terció Chattaway—. ¿Qué ha sucedido con Grane?

—Hable con la policía. Lo único que sé es que está muerto y que alguien debe hacerse cargo de su entierro. Él era católico.

—Ya lo sé. Cuénteme lo que sepa de su muerte.

—¿No ha preguntado al teniente Travers?

—Le estoy preguntando a usted.

Durante un instante sentí la tentación de mandarlo al infierno y cerrar la boca. Después cambié de opinión. Sabía que era inútil

llevarle la contraria al viejo. Tarde o temprano se salía con la suya.

Así es que le contó lo que sabía. Mi garganta estaba tan seca como un desierto y sentía la lengua igual que si le hubieran pasado papel de lija. Si pudiese encontrar una botella...

Cuando acabé mi relato, el general guardó silencio unos instantes y después gruñó:

—Tiene que haber algo más... ¿Está seguro de que no le dijo nada más por teléfono, Mulligan? La sé que usted estaba borracho —refunfuñó antes de añadir—. Pero aún así puede haber recordado algún nombre...

Sonreí para mis adentros. Estaba dispuesto a que el tipo llamado Skiner fuera cosa exclusivamente mía.

—No preunció nombres —afirmé tranquilamente.

—Casi no puedo creerlo... Ni usted ni Crane tenían nada de estúpidos, aunque fueran un par de borrachos indecentes...

—Es muy fácil hablar desde sus alturas, general —dije, empezando a ponerme furioso—. Por otra parte, Crane se inyectaba heroína, según ha dicho el médico forense.

—¡Qué!

—Ya lo ha oído.

—¡El muy...!

—¡Cállese! —grifé, sentándome en el borde de la cama, dispuesto a saltar—. ¿Qué sabe usted lo que Crane llevaba dentro? ¿Sabe acaso lo que siente un hombre como él, después de hacer lo que hizo?

—Mire, Ray, tómelo con calma...

—¡Lo tomo como me da la gana! Cuando quiera darme órdenes tendrá que ponerse su rutilante uniforme y hacer formar a todo un cuerpo de ejército. Maldito sea usted, Chattaway.

Encajó la andanada sin inmutarse. No movió ni un músculo de su cara de gran señor.

En cambio, la muchacha se había puesto en pie, asustada. Pero no le presté atención. Ya estaba disparado y tanto me daban ocho como ochenta.

Pero él tomó la palabra antes que yo. Y su voz era tan fría y calmosa como hasta entonces:

—Se muchas más cosas de las que se imagina usted, Ray... A propósito... He visto su cuchillo ahí encima. Y también su famosa

pistola estaba bajo la almohada, recién limpiada y engrasada. ¿Para qué esos preparativos?

—Me gusta cuidar las armas aunque solo sea como recuerdo.

—Miente, Mulligan.

—¿Sí? Estoy preguntándome cuánto tiempo más le aguantaré a usted, Chattaway.

—Todo el tiempo que haga falta. Repítame su conversación telefónica con Grane, por favor.

Lo hice, a pesar de que mis verdaderos deseos eran muy otros.

El viejo se tragó la información y después guardó silencio, digiriendo lo que le había dicho, aunque maldito si podía encontrar algo a que agarrarse con lo poco que le había revelado.

Al fin habló:

—Eso confirma mis teorías.

—Al diablo. ¿Quiere hacerme creer que encuentra algo de interés para usted en lo que acabo de decirle?

—Sí, Mulligan. Naturalmente —añadió— ¡hay algo más que usted no sabe. Dígame, ¿para qué estaba preparando sus armas cuando Bárbara le ha interrumpido?

—Ya le he dicho...

—No siga mintiéndome, maldito sea —me interrumpió, perdiendo la calma—. Usted es el único tipo que ha trabajado para mí que ha conseguido sacarme de quicio. ¿Quiere que se lo diga yo para qué estaba preparando la artillería?

Me encogí de hombros. Podía esperarse cualquier cosa de él.

Sonrió antes de decir:

—Usted ha pensado ajustarles las cuentas a los asesinos de Grane. ¿No es eso?

Como siempre, su cabeza funcionaba con la precisión de una máquina de calcular.

—Supongamos que acierta usted —refunfuñé—. ¿Qué pasa con eso, tiene algo que objetar?

—No. Pero me maravilla que siga usted vivo si su cerebro solo puede elaborar ideas como esta...

—Okey, mi cerebro está hecho polvo según usted, pero se da la circunstancia de que es el mío. Yo sé lo que tengo que hacer con él.

—¿Realmente quiere vengar a Crane?

—Sí.

—Ajá... Y me imagino que también le gustaría vengar a su otro compañero... A Tom Bannister...

Esta vez sí que salté en pie, aunque tuve que volver a sentarme porque mis piernas me fallaron.

—Bannister saltó por una ventana —dije, furioso—. Todos los periódicos...

Me atajó con un ademán.

—Lo arrojaron por una ventana, Mulligan.

—Está mintiendo.

—Yo fui quien dio la versión del suicidio a los periódicos.

Quedé mudo de estupor. Cuando recobré el habla dije;

—¿Es que estaba trabajando todavía para usted?

—No. Igual que usted y Crane, estaba retirado del servicio. Lo mismo que ustedes dos recibía su pensión cada final de mes y se dedicaba a beber sin medida.

—Entonces, ¿por qué lo arrojaron a la calle desde un séptimo piso? Y, lo que es más interesante todavía, ¿por qué se mete usted en todo esto? El único motivo de que yo le haya llamado es que tiene que hacerse cargo de Crane... No quiero que lo entierren como a un perro abandonado.

—Cálmese... Y no crea por más tiempo que he venido solamente por eso. Hubiese venido igualmente cuando la noticia de la muerte de Crane hubiera llegado hasta mí.

Me rendí. Era inútil tratar de discutir con él.

—Está bien, viejo. Siga hablando.

—Mi nombre es Chattaway, Mulligan —gruñó.

—Ya lo ha dicho otras veces. Ahora dígame qué hay de misterioso en la muerte de Bannister.

—Piénselo usted mismo, muchacho. De aquella endiablada misión solo regresaron ustedes tres; Bannister, Crane y usted. Y los dos primeros, han sido asesinados. ¿Qué le parece?

—Está usted loco. ¿Insinúa que se trata de una venganza? Ni usted puede creer en una estupidez tan fabulosa.

—Es una especie de venganza, aunque encierra otros fines. Bannister fue asesinado después de desempeñar una misión en la cual tenían que pagarle unos miles de dólares. Picó el anzuelo, realizó el trabajo y le pagaron con un salto a la calle. Y le apuesto que a Crane le ha sucedido exactamente lo mismo. No olvide

tampoco que los rusos saben el nombre de los tres agentes que lograron escapar.

—Diga lo que diga, dudo que se tomen tantas molestias por una simple venganza. Ellos saben que esto es una especie de juego. Unas veces ganar unos y otras otros.

—Ya le he dicho que hay algo más detrás de todo esto... Acabo de llegar y no he tenido ocasión de enterarme de nada, pero a primera hora de la mañana sabré todo lo que me interesa. ¿Quiere tomar parte en el juego, Mulligan?

—¿Yo? ¿Quiere decir volver a actuar a sus órdenes?

—Exactamente.

—No.

—No ha tenido usted que pensarlo mucho.

—Llevo tres años pensándolo —afirmé abruptamente—. Me he jurado a mí mismo que antes me dejaré cortar el cuello. Cuando vuelva a meterme en líos, si es que llego a hacerlo, será por mí cuenta y riesgo.

—Ya veo...

Miró hacia donde estaba la muchacha, lo también la miré. Era tan hermosa que daba vértigo mirarla. Los dos se sonrieron. Ellos podían sonreír todavía. O reírse a carcajadas si eso les gustaba.

Cuando volvió a dedicarme su atención, la sonrisa había dejado de brillar en su cara y era otra vez el general.

—Déjeme hablar, Mulligan, y después decida. ¿De acuerdo?

—Está decidido de antemano.

—Bien, pero escúcheme hasta el final.

—Necesito un trago —solté de mal talante—. Tengo la garganta como si estuviera forrada de esparto.

—Bien...

Se volvió hacia la muchacha.

—¿Quieres salir a ver si encuentras una botella en alguna parte, Babs? Espero que haya bares abiertos por estos barrios...

Sin decir nada, la muchacha salió y cerró cuidadosamente la puerta.

—Me sorprende usted —confesé.

—Ya lo sé. Y ahora, escúcheme... Estamos metidos en una jugada de tal magnitud qué si llegaba a oídos del público se desencadenaría el pánico en toda la nación. Es algo de lo que no

puedo facilitarle detalles, pero que ha costado ya un río de sangre... por ambas partes. Esos hombres han conseguido apoderarse de algo de tal magnitud, de tan estremecedora importancia, que de conseguir sacarlo del país y hacerlo llegar a su destino nos pondrá definitivamente en un estado de inferioridad. Y observe que he dicho *definitivamente*. Podrán dictar cualquier condición, y no quedará más remedio que callar. Podrán imponernos las arbitrariedades que deseen y ni siquiera podremos protestar.

—Creo que exagera.

—En absoluto, Mulligan. Afortunadamente, conocemos a todos los que toman parte en esta partida. No pueden asomar las narices a la calle sin que les echemos la zarpa, de manera que tienen «eso» en su poder, pero no pueden sacarlo del país. Lo único que han conseguido hasta ahora ha sido trasladarlo a California.

—No puedo creerlo, general. Si se ven tan apurados, pueden entregarlo en cualquier consulado de su país y mandarlo con la valija diplomática.

—Tampoco eso pueden hacerlo. Todos los diplomáticos de los países comunistas que emprenden un viaje, cualquier valija diplomática que sale de los Estados, es cuidadosamente vigilada, así como sus equipajes. Sin que ellos lo adviertan hay siempre un contador «Geiger» a su lado para...

—Espere un momento —le interrumpí—. ¿Para qué puede servir ese contador? Porque no creo que eso tan importante sea una bomba atómica de un nuevo modelo.

—No... En realidad, es un envoltorio muy pequeño parecido a una cajetilla de cincuenta cigarrillos. Un agente suyo lo preparó esmeradamente... Demasiado esmeradamente para ellos. Consiste en una cajita de plomo en cuyo interior hay centenares de fotografías en *microfilm*, y todo ello envuelto con una lámina metálica soldada y sellada. Lo malo para ellos fue que, después de prepararlo tan meticulosamente, el envoltorio permaneció escondido largo tiempo cerca de un convertidor atómico, de manera que la lámina metálica se impregnó de radioactividad. El plomo preserva las fotografías, pero el envoltorio metálico emite radioactividad suficiente para que un contador «Geiger» lo descubra.

—Ya veo...

—¿Le interesa el asunto?

—Sólo como curiosidad. Supongo que no me dirá qué contienen esos *microfilms*.

—No puedo mencionarlo siquiera.

—Bueno, siga adelante.

—No le ocultaré que tengo a varios de mis agentes trabajando en California, aunque sin resultado basta ahora... Y aquí es donde, según presumo, interviene Crane.

—¿Quiere dar a entender que Ellis estaba mezclado en un asunto de esta envergadura? Esta vez me parece que falla usted, viejo.

—Si Crane estaba metido en esto debió hacerlo sin saber realmente qué estaba haciendo. No me importa saber que era un borracho, que estaba empapado de drogas. Pero no puedo creer que fuera un traidor.

—Seguro que no...

—Está bien, escuche lo poco que queda y después piense lo que quiera. El paquetito de que le he hablado llegó a manos de uno de los principales agentes enemigos, en Dallas. Mis hombres le cayeron encima como una bandada de halcones... unos minutos demasiado tarde. El granuja había conseguido entregar el paquete a un cómplice, que salió en avión hacia un punto desconocido. Sin embargo, conseguimos averiguar que, dos días después, la «mercancía» era esperada en Los Ángeles. Seguramente piensan que desde aquí les será fácil sacarla... y la trajeron en avión.

—¿Cuándo?

—Anoche. Mis hombres, con la ayuda de los federales y la policía local, tenían el aeródromo bajo vigilancia. Estaban seguros que no podría salir ninguno de los complicados en este caso. Y en realidad, ni uno solo logró pasar la barrera. Hubo tres muertos y dos cayeron en manos de la policía. Pero el paquete consiguió pasar la barrera y desaparecer.

—Ya veo... Usted cree que fue Crane quien lo pasó...

—No me extrañaría. Tengo que aclarar este punto. Sin embargo, hay otra buena razón para pensar que recurrieron a él... Se les presentaba la ocasión de vengarse de otro de los hombres que hundieron uno de sus más gigantescos proyectos. Al mismo

tiempo, se burlaban de nuestra organización haciendo que uno de los nuestros colaborase en este asunto... y la documentación de Crane le ayudaría a eludir cualquier barrera policíaca.

—¿Por qué?

—Eche un vistazo a sus propios documentos. En el apartado correspondiente a la «profesión» corista que son ustedes funcionarios del Estado. Eso siempre inspira confianza, ¿no cree?

—Comprendo...

—¿Se da cuenta de cuán importante es recuperar ese paquete?

—Es importante para usted, general. Eso le cubrirá de gloria, y seguramente le darán otra medalla...

Enrojeció hasta adquirir el color de un tomate maduro. Afortunadamente, antes que pudiera responder llamaron a la puerta y entró la hermosa Bárbara trayendo una botella envuelta en papel.

Era *whisky* de una calidad tal que me hizo dar un respingo. Casi había olvidado que existía un licor de aquella marca.

—Gracias, monada —dije, saboreándolo ya con la imaginación, casi acariciando la botella—. Eso me reconcilia con su bromita del gas...

Descorché la botella y escancié en un vaso una cantidad más que regular. Ni siquiera se me ocurrió invitar a mí ex jefe. Era un *whisky* demasiado bueno para desperdiciarlo.

Ninguno dijo una palabra mientras estuve dedicado a beber. Los dos me miraron como a un bicho raro.

Después, el viejo refunfuñó:

—Luego de saber todo eso, Mulligan, ¿sigue usted pensando lo mismo?

—No me ha dicho nada que pueda variar mi punto de vista... Lo único que me compensa de haberle escuchado es esta botella. Gracias.

—Está bien —se conformó a regañadientes—. Sin embargo, he de advertirle, Mulligan, que no se le ocurra contar historias a la prensa. Me obligaría a tomar medidas muy desagradables contra usted.

—Encárguese usted de Ellis y todo irá bien —dije.

—Okey, Mulligan —sonrió, añadiendo—. ¿No es así como usted expresaba su conformidad a cualquier cosa? Pero no crea

que con eso queda usted fuera del juego. Esos criminales volverán, a las andadas... no pueden dejar a uno solo de ustedes en situación de... digamos... desafío a su organización. Sólo queda usted.

Se levantó, abrochándose la impecable chaqueta. La muchacha dio un paso hacia él, como si quisiera protegerlo.

—Vámonos, Babs —gruñó el viejo.

—Un momento —le atajé—. ¿Qué quiere decir con eso de que solo quedo yo? ¿Cree realmente que vendrán a por mí, igual que hicieron con Crane?

—Estoy seguro.

—Bueno... me encontrarán, sin duda alguna.

Nos miramos largamente como dos gallos de pelea. Después desvié la mirada hasta posarla en la mujer. ¡Qué hermosa era! Sin embargo, su expresión no auguraba nada bueno para mí. Se me ocurrió pensar que, según su criterio, cualquiera que se enfrentase con el viejo era automáticamente enemigo de ella también.

Un buen panorama.

—Volveremos a vernos, Mulligan —prometió el general antes de salir.

—Cuando venga otra vez, tráigase una botella.

Salieron. Ella ni siquiera llegó a murmurar una despedida.

Al diablo con todo. Yo tenía mi botella.

CAPÍTULO IV

De nuevo el ceremonial de cada día. La niebla delante de los ojos, los pinchazos dentro de mí pobre cabeza...

¿Dónde estaban los comprimidos? Conseguí encontrarlos, tragué dos con ayuda de un vaso de agua y, tambaleándome, regresé al dormitorio. Si alguna vez me había encontrado mal quedaba olvidado ante lo peor que me sentía en aquellos momentos.

En el suelo, junto a un zapato, estaba la botella con que me había obsequiado el viejo... y no quedaba mucho de su contenido. Apenas un par de tragos que había que racionar.

Bajo la ducha, estremeciéndome y jurando furiosamente, conseguí despejarme un poco. Eso iba contra las costumbres establecidas, pero había llegado a un punto que algunas rutinas debían ser dejadas de lado.

Cuando estuve vestido engullí los restos del *whisky*. O se producía un milagro, o no volvería a probarlo en todo el día. Mi bolsillo estaba tan vacío que ni poniéndome cabeza abajo saltaría de él una mota de polvo.

Salí a la calle cuando moría la tarde. Había dormido casi todo el día y el aire fresco del anochecer me sentó bien. Anduve en busca de un pequeño tugurio donde engullí unos emparedados que habrían revuelto el estómago de un perro famélico, pero era el único sitio donde todavía se fiaban de mí, de manera que no podía elegir nada mejor.

Después eché a andar calle abajo, sintiendo la desesperada llamada de mi estómago, que pedía la acostumbrada dosis de alcohol... Tuve que hacerme el sordo y para conseguirlo me dediqué a pensar en todo lo que el viejo me había revelado. Había algo en aquel relato, o en el hecho de habérmelo soltado, que no me gustaba. ¿Por qué había tenido que contarme todo aquello a mí

precisamente? El general no era ningún tonto...

Vi un montón de periódicos en una esquina. Como de costumbre me detuve para leer los titulares de la primera página. Como de costumbre también, nada de aquello tenía interés para mí... hasta que llegué a la mitad de la página. Allí sí había algo interesante.

Mi nombre en letras grandes.

Y en primera página.

Quedé tan estupefacto que las letras giraron delante de mí durante unos instantes. No podía comprenderlo.

Hasta que, inclinándome, leí el corto artículo recuadrado debajo de mi nombre.

Daba cuenta de manera escueta que Ellis Crane, antes de ser asesinado, me había pedido ayuda por teléfono. Había hablado conmigo diciéndome la clase de trabajo que se proponía hacer, un trabajo para el cual necesitaba de mí. Y como yo estaba entonces como una cuba no le había escuchado.

El corto artículo no llevaba ninguna firma, ni nadie mencionaba la fuente de la información.

Quedé paralizado de asombro, aturdido. ¿Cómo se les había ocurrido una estupidez semejante?

Cuando reaccioné me encontré caminando como un autómata, sin rumbo fijo. La pregunta se repetía una y otra vez en mi mente. ¿Por qué lo habían publicado?

Hasta que la respuesta me llegó con la fuerza de un mazazo.

El viejo.

Una trampa en la que yo tenía que servir de cebo.

Di media vuelta y regresé al hotel a toda prisa. Si esperaban que yo me dejara cazar como un conejo estaban equivocados de arriba abajo.

El viejo empleado que se aburría detrás del mostrador me llamó con un gesto.

—Han estado preguntando por usted, míster Mulligan —me anunció con indiferencia.

—¿Sí?

—Dos hombres.

—Bueno, ¿dónde están?

—Han dicho que volverían.

—Bien...

Subí a mi apartamento y una vez dentro cerré la puerta. Lo único que deseaba era el armamento.

Metí las nueve balas en la automática, deslicé una en la recámara y no puse el seguro. Estuve dudando entre coger también el cuchillo. En ocasiones era mucho más útil que una pistola y nos habían entrenado hasta la saciedad en su manejo... Acabé sujetando su funda en el cinturón y cargando con él.

Apagué la luz y me acerqué a la ventana que daba sobre la calle. Había infinidad de coches estacionados a lo largo de ambas aceras, lo cual era un inconveniente. Desde cualquiera de ellos podían matarme a placer. Pero si lo hacían y callaban el primer tiro...

Bajé las escaleras sintiendo una extraña sensación en las piernas. Por primera vez, me arrepentí de haberme convertido en un esclavo de la bebida. Estaba débil, desentrenado.

Arrojé ese pensamiento lejos de mí, atravesé el vestíbulo y salí a la acera andando sin prisas.

¿Quizá era miedo lo que experimentaba?

Permanecí unos instantes plantado allí como Un poste, dejando que cualquiera que tuviese interés en ello, pudiera verme perfectamente. Después, me alejé lo más apartado posible de los autos que se alineaban junto al bordillo.

Casi no circulaba nadie, lo cual era una ventaja. Fue gracias a esa falta de circulación que descubrí a los dos hombres que andaban por la acera del otro lado de la calle a mí mismo paso.

Sin delatar que los había visto seguí mi camino, un poco más despacio. Uno de ellos siguió igual que hasta entonces, pero el otro apresuró su marcha, adelantándose a su compañero rápidamente.

Bien, eso les había delatado. Querían pillarme entre dos fuegos. Un minuto después me convencí de que yo había aceitado. El que había apresurado el paso nos llevaba ya media manzana de ventaja. Entonces cruzó la calle para colocarse en la acera por la que andaba yo... y el otro le imitó.

Había llegado el momento. Ahí estaba el resultado del estúpido artículo del diario...

Todo consistía en prever el instante en que abrirían fuego. Ese era todo el secreto del éxito. Sentí un estremecimiento al darme

cuenta de que mis manos temblaban... ¿Dónde estaba aquella seguridad que nos había sacado una vez del mismo infierno? Ya no era otra cosa que una ruina...

Mis dedos se cerraron alrededor de la culata de la «Luger». Eso me devolvió parte de mí seguridad. La saqué suavemente y mantuve el brazo caído a lo largo del cuerpo para que no pudieran distinguir el arma.

Me detuve. Ya no había ninguna necesidad de andar con más disimulos.

El que estaba detrás de mí se detuvo igualmente, pero el otro siguió acercándose; Por encima del hombro distinguí a mi enemigo... Su mano derecha estaba en el bolsillo de la chaqueta...

Retrocedí un paso hasta tocar la pared con la espalda.

El que avanzaba se detuvo también. Estaban sorprendidos por mi actitud. Si uno conoce la mentalidad de esta clase de matarifes puede adelantarse siempre a sus acciones... si el cerebro trabaja con frialdad y calma. El mío dejaba mucho que desear entonces.

Casi resultaba divertido ver la indecisión de los dos matones. Con aquello no habían contado.

En alguna parte de la calle empezó a runrunear el motor de un coche. Eso les decidió a terminar.

El más peligroso era el que había quedado a mi espalda, de manera que cuando levanté el brazo con la automática lista giré hacia él. Tal como había supuesto, fue el primero en abrir fuego en el instante en que yo me dejaba caer hacia adelante igual que un poste, pero apretando el disparador de la «Luger» al mismo tiempo.

El bramido de la pistola atronó la calle. Ellos empleaban silenciador en sus armas.

Un proyectil aulló por encima de mí en el instante en que daba contra el suelo y me revolvía para encontrar una posición de tiro. Entonces se desencadenó el infierno en plena acera. Los dos dispararon a la vez, mientras yo rodaba sobre mí mismo acercándome a los coches estacionados y disparando también, aunque con una puntería infame.

Hasta que golpeé contra un coche y me detuve. Entonces accioné el gatillo repetidamente, con los dientes apretados y sabiendo que mi vida dependía en aquellos instantes de la pistola.

Vi al primero que había disparado como saltaba en el aire,

igual que un muñeco, rebotada contra el muro y rodaba después sobre la acera.

Quedaba uno, cuyos proyectiles ya no aullaban cerca de mí. Lo descubrí cuando echaba a correr, alejándose del campo de batalla. Y, en el mismo instante, percibí también los gritos y los silbatos de la policía.

Levanté el brazo y disparé contra el fugitivo, aunque sin suerte. Siguió corriendo. Apreté el gatillo otra vez... y no pasó nada. Había agotado la carga. Confusamente, pensé que era como para echarse a llorar. Haber gastado nueve proyectiles para terminar con un solo pistolero... Yo, Raymond Mulligan, tirador de primera en la academia especial...

Un coche pasó zumbando en dirección al fugitivo. Sonaron un par de disparos, lo que me dio mucho que pensar, ya que el pistolero usaba silenciador, de manera que alguien más había tomado parte en la batalla.

Como pude, me levanté y corrí hacia el pistolero muerto. Tenía la cara convertida en algo nauseabundo. Ya casi había olvidado los efectos de un proyectil de mí «Luger».

Escuché pasos que corrían en alguna parte. Tenía que darme prisa.

Metí la mano en el bolsillo del muerto y saqué su cartera. No tuve tiempo de nada más, puesto que los pasos estaban cayéndome encima.

Giré sobre los talones, dejándome caer de rodillas y levantando la vacía pistola. Los dos tipos que corrían se detuvieron en seco.

—¡Eh, baje esa pistola! —gritó uno de ellos.

Distinguí los revólveres en sus manos. El otro gritó a su vez:

—¡Policía, Mulligan, no dispare!

Así que me conocían... Y estaban en los alrededores...

Me levanté, apoyándome contra la pared tras guardarme la automática y la cartera del muerto. Los dos policías llegaron junto a mí con la cara contraída por la excitación.

—¿Está herido, Mulligan? —gruñó uno de ellos.

—No... Por lo menos que yo sepa. ¿Qué demonio significa todo esto? —les espeté, excitado y nervioso.

—Cálmese... Estábamos dentro de un coche. Teníamos orden de protegerle y tratar de capturar a todo el que se acercase a usted.

—Pues si se descuidan un poco su protección me sirve de mortaja. ¿Quién ha organizado todo esto?

Se encogieron de hombros.

—Ordenes son órdenes —sonrió uno de ellos.

—Ya veo...

Se acercaron al fiambre. Tampoco a ellos les gustó lo que estaban viendo.

—Uf! —exclamó uno—. Ha quedado como para revolver el estómago a cualquiera.

—Muerto no nos sirve de nada —refunfuñó el otro.

Un coche se acercó a toda velocidad y frenó junto al bordillo. Sus portezuelas se abrieron antes que estuviera detenido completamente. Entonces comencé a advertir la extraordinaria actividad que se había desatado. Agentes de uniforme contenían a los curiosos, alejándolos de allí. Las ventanas de todas las casas aparecían llenas de cabezas desgreñadas.

Y el viejo estaba saliendo del coche que acababa de llegar.

—Usted tenía que ser, maldito sea —masculló cuando pisó la acera.

—¿Qué le pasa ahora? —salté furioso—. ¿Todas sus ideas son tan brillantes como esta?

—Lo ha estropeado todo, condenado borracho. ¿Por qué tenía que iniciar la batalla? Podíamos haber capturado a esos dos... vivos.

—Ya veo... yo tenía que dejarme matar como un cordero. Así usted habría tenido a los asesinos en sus manos con pruebas suficientes para hacerlos danzar a su antojo. Ya conozco ese truco...

—¿No quiere comprenderlo, Mulligan, o es que el alcohol le ha podrido el cerebro? Teníamos esto rodeado... en cuanto hubieran iniciado cualquier acción contra usted mis hombres habrían disparado contra ellos, pero hiriéndoles en las piernas.

—¿Y yo qué?

—No sirve ya de nada —refunfuñó.

—¿Dónde está el que corría?

—Ha muerto también.

—Ya veo... Supongo que la idea del artículo en el periódico ha sido suya, ¿eh, viejo?

—Naturalmente. Le dije que usted debería colaborar en esto... y se negó.

Fue una reacción incontrolable. Mi puño derecho subió como una bala y estalló en su mentón. Tuve el placer de verlo salir volando hasta dar contra un coche. Allí cayó sentado, apoyado de espalda contra la carrocería. Estaba seguro que jamás le había sucedido algo semejante.

—Cuando quiera, viejo, venga a por la segunda parte.

Eché a andar hacia el hotel, pero los dos policías me sujetaron mirando al general en espera de órdenes.

El viejo se levantó pesadamente, sacudiéndose sus immaculados pantalones. Durante unos instantes clavó sus ojos en mí como si quisiera fundirme... y luego gruñó:

—Suéltelo... Tengo la esperanza de que la próxima vez la suerte no esté de su parte.

Les di la espalda y no me detuve hasta cerrar la puerta de mi habitación detrás de mí.

Entonces respiré con cierto alivio, pero no perdí tiempo. Busqué la caja de munición y llené nuevamente el cargador. Luego limpié el cañón de la pistola, metí el cargador y un proyectil en la recámara y devolví la automática al bolsillo.

Durante todo este tiempo no pensé en nada más que en el arma. Después fue cuando comencé a darme cuenta de muchas cosas y deseé un trago con fuerza desconocida. Jamás lo había necesitado tanto.

Me dije, que yo estaba acabado como hombre de acción. Sólo a la suerte debía la vida. De no mediar la intervención de la policía, que había obligado al otro pistolero a echar a correr, aquel bastardo me habría liquidado a placer.

Bueno, el caso es que estaba vivo. Saqué la cartera del muerto y vacié su contenido sobre la mesa. No había mucho en ningún sentido. Unos cuantos billetes de a dólar, un par de papeles con anotaciones a mano que no tenían ningún sentido, y una fotografía. Pero no una fotografía cualquiera, sino de una mujer capaz de quitarle el resuello a un anacoreta.

Para empezar, todo lo que llevaba encima de su cuerpo maravillosamente formado eran dos abanicos de plumas de avestruz. Naturalmente, cubrían lo que debían cubrir y algo más,

pero estaban colocados de tal manera que insinuaban mucho más que ocultaban. Era toda una exhibición del arte del *strip-tease*. En cuanto a su rostro contenía suficiente picardía para alegrar las pajaritas a los habituales calvos de las primeras filas.

Lo que no comprendía era cómo aquel bombón, que en su especialidad debía ser una estrella, podía haber dedicado una fotografía a un simple pistolero, un matarife a sueldo...

Porque había una dedicatoria que rezaba:

«A Angelo, con todo mi amor. Edna».

Estuve unos minutos quieto, contemplándola. Todo su amor estaba convertido en una piltrafa sin rostro.

Guardé la fotografía en mi propia cartera, conté los dólares y eso me alegró no poco. Había nada más y nada menos que treinta y dos pavos de curso legal. ¿Cuánto «whisky». podía adquirir con ellos?

Aunque, después de todo, intentaría beber lo menos posible mientras pendiera sobre mí la amenaza que el viejo había desencadenado.

En cuanto a la cartera del pistolero y los papeles, eso salió volando por la ventana, cuando me convencí de que no tenían interés para mí. Hecho esto, me dispuse a abandonar la habitación con la sana idea de localizar a la hermosa Edna.

Y en aquel instante el teléfono comenzó a llamar. Dudé un instante. Las llamadas para mí eran inexistentes desde hacía meses, si exceptuamos la del pobre Crane...

Al fin descolgué el auricular. Una voz inexpresiva preguntó:

—¿Raymond Mulligan?

—Al habla.

—Ajá... ¿Cómo le ha sentado la broma de esta noche, amigo?

Quedé tenso, sintiendo una extraña excitación.

—¿A qué se refiere? —pregunté, no obstante saber perfectamente a qué se refería.

—A los tiros...

—¿Qué pasa con eso?

—Ya imaginábamos que era una trampa. Ese articulito del periódico resultaba inefable, compañero. Por eso mandamos a dos desgraciados sin importancia. Y ahora, dígame, Mulligan. ¿Es cierto realmente que Crane le llamó por teléfono? No acaba de

gustarme esa historia del periódico.

Aquello no tenía sentido. ¡Vaya desfachatez!

—De manera —dije—, que usted es quien ha mandado esos «torpedos» para darme el pasaporte y encima pretende que le facilite informes. ¿No es eso?

—Poco más o menos.

—Puede irse al infierno, compañero. La próxima vez venga usted personalmente.

—Tal vez lo haga, pero no ha respondido a mí pregunta. ¿Le llamó Crane?

—Sí.

—¿Y le informó de lo que tenía que hacer?

—De parte de ello por lo menos. ¿Por qué?

—Déjeme pensar...

Reinó el silencio durante unos instantes. Resultaba algo tan absurdo que estuve tentado de colgar, pero al fin dominé mi furia y esperé hasta que la voz sonó de nuevo.

—Okey, Mulligan —gruñó—. Estoy dispuesto a hacer un trato con usted.

—¡No me diga!

—Le hablo formalmente. Dos mil dólares, Mulligan. Piénselo.

—Dos mil pavos, ¿eh? ¿Cuánto le ofrecieron a Crane?

—Lo mismo.

—Y le pagaron con dos plomos. ¿Qué clase de idiota cree usted que soy?

—Es otro asunto, Mulligan. Usted puede sernos útil... Muy útil... Y, desde luego, cobraría usted en dinero.

—Trate de inventar algo más original.

—Volveré a llamarle, Mulligan. Usted no puede hacer nada contra nosotros. Es lo bastante listo para comprenderlo. Sin embargo, puede ganarse ese dinero fácilmente.

—Seguro, seguro... En cuanto a eso de que no puedo hacer nada contra ustedes, está en un error. Sin embargo, estoy dispuesto a trabajar para ustedes con una condición.

—Nada de condiciones...

—No se precipite. Entrégueme usted a los asesinos de Crane y cuando yo haya terminado con ellos, estaré a sus órdenes. Haré cuanto quieran.

—O está usted más borracho de lo que parece... Oiga, ¿qué cree que puede hacer contra nosotros?

—Eso le ha pinchado, ¿eh, compañero? Bien, cuando mande a sus pistoleros asegúrese de que en sus bolsillos no llevan nada delator. Y ahora, ríase si puede.

—¡Espere...!

Colgué. Estaba sudando de inquietud, pero me dije que había representado mi papel perfectamente. Aquellos bastardos iban a desencadenar una guerra en gran escala contra mí, ofreciéndome las suficientes oportunidades de echarle la zarpa a alguno de ellos... si antes no me volaban la cabeza.

Abandoné la habitación en busca de un trago y de la bailarina de abanicos.

CAPÍTULO V

No fue difícil encontrar ambas cosas. Sólo con echar un vistazo a la guía de espectáculos encontré a una tal *Edna Yale*, estrella del «Nassau Club», y catalogada como la mejor bailarina de abanicos que había existido jamás.

En el mismo bar del cabaret tomé un *whisky* doble, prometiéndome que sería el único durante toda la noche. Después, y tras una consulta que me costó dos dólares pagados al mozo que me facilitó el informe me interné por un oscuro pasillo bordeado de puertas. Había una en la que campeaba el nombre de la mujer a quién buscaba.

Giré el tirador, abrí la puerta silenciosamente y entré.

Edna Yale estaba sentada frente al tocador, cepillándose su larga melena negra como la noche y sosteniendo un cigarrillo encendido entre los rojos labios.

Tardó unos segundos en advertir mi presencia. Entonces giró en el pequeño taburete y se enfrentó conmigo.

—Oiga... ¿Qué se cree que es esto?

—Cálmese. Quiero hablar con usted.

—Hay montones de tipos mejores que usted que lo desean y no pueden conseguirlo. Largo de aquí.

—Un día de estos te dará un ataque, ricura, y te quedarás tiesa...

Giré la llave en la cerradura y me la guardé en el bolsillo. No le gustó nada eso.

—¡Eh! ¿Qué demonios...?

Avancé hasta colocarme junto a ella, que se había levantado. Su penetrante perfume semejaba una droga, mareaba.

Pero era magnífica.

—Ahora, monada, hablemos con calma —le aconsejé—, o te harás daño...

—¡Maldito sea! Le haré arrojar de aquí y...

—Eso será más tarde en todo caso, leamos... ¿Cómo está Angelo, ricura?

Había dado en el clavo, aunque maldito si sabía de qué manera.

Primero abrió la boca y sus ojos despidieron llamas de furia. Después levantó la mano y la estrelló contra mi cara, donde restalló igual que un látigo.

—¡Debía haberlo supuesto! —gritó, tan furiosa como una gata salvaje—. Ese piojoso te ha mandado para que me asustes.

—¡Quieta, fiera! —exclamé sujetándole las manos—. ¿No crees que él es bastante mayorcito para arreglar sus propios asuntos? No necesita mandar a nadie en su nombre.

—¡Tú qué sabes! Le prometí que si volvía a ponerse delante de mí lo mataría como a un perro.

Su mirada relucía con un odio que no tenía nada de fingido. Casi me estremecí. Casi solamente, ya que si odiaba al matarife, sería más fácil hacerla hablar.

—Así que querías matarlo... —refunfuñé, para animarla a hablar.

—¿No te lo ha dicho él?

—No ha tenido ocasión, ricura... Cuando lo he dejado no estaba en condiciones de abrir el pico.

—¿Por qué?

—Porque estaba muerto.

Boqueó como un pez fuera del agua. Sus ojos se desorbitaron y pensé que iba a echarse a bailar de alegría.

—¿No me mientes? —balbuceó.

—No. Angelo está muerto. Un balazo le ha volado la cara.

—¿Quién... quién lo ha hecho?

—Yo.

—¡No!

Sonreí. Era la mejor manera de ganarse a una mujer como ella, de manera que seguí en mi papel.

Y ella siguió en el suyo. Me echó los brazos al cuello, se apretó contra mí y su boca se empeñó en demostrarme su agradecimiento. Y no precisamente con palabras.

Quedé sin aliento y la tierra comenzó a temblar. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que me había besado una mujer?

Lo había olvidado. Sentí el contacto de su cuerpo contra el mío y la abracé a mí vez, completamente olvidado de cuanto no fuera aquel estallido que había provocado en ella la noticia de una muerte.

Hasta que se separó. Sus ojos no se apartaban de mí, relucientes y bellos.

—Tú me has librado de él... —murmuró.

—¿Qué te había hecho? —dije con una voz que no era la mía.

—Quiso... Bueno, quiso meterme en una de esas «casas»... cobrando él el cincuenta por ciento. ¿Te imaginas?

—Ya veo...

—No sé cómo no lo maté entonces... Hacerme eso a mí, después de haberme mentido amor...

—No debes fiarte de los hombres, gatita —dije, riendo.

—Y tú que lo digas. Dame un cigarrillo, querido.

Encendí dos, los últimos que me quedaban, y le di uno a ella.

Después de esto, dije:

—Quiero que me hables de Angelo, monada...

—¿Por qué?

—Ha intentado liquidarme, ¿comprendes? El ni siquiera había hablado una sola vez conmigo, de manera que alguien le ha ordenado hacerlo. Quiero ver si encuentro a ese tipo listo para ajustarle las cuentas.

—Comprendo... pero no veo cómo podré ayudarte...

—Tú debes conocer a los amigos de Angelo, a los tipos con quienes se relacionaba. O quizá sepas también para quién trabajaba. Cualquier cosa puede guiarme hasta el fulano que ha organizado el «paseo».

No le gustó mucho mi propuesta. Desvió la mirada y murmuró:

—Tú sabes lo peligroso que es soltar demasiado la lengua.

—Nadie sabrá que tú me has informado.

—Eso sale a la luz, aunque uno crea lo contrario. Además, poco puedo decirte...

—No importa lo poco que sepas. Quizá la suerte esté de mi parte.

—Bueno —se decidió al fin—. Esta noche ya he hecho mi primer número. Hasta las tres no he de actuar otra vez. Vámonos a tomar algo a cualquier parte.

—Espléndido.

La miré de arriba abajo. Iba cubierta por una de esas batas de teatro, vaporosas e insinuantes. Comencé a imaginármela en la danza de los abanicos... y perdí la cuenta.

—Cámbiate —le dije precipitadamente—, y nos iremos.

Sonrió con picardía y desapareció tras un gran biombo. Vi revolotear la bata por encima de él. De vez en cuando emergía su cabeza y alguna prenda tan delicada como una tela de araña aleteaba a su alrededor. El cuello de mi camisa había encogido de tal manera que apenas podía respirar.

Cuando surgió de nuevo estaba vestida... y seguía siendo excepcional.

—Vámonos —runruneó, a punto de echarse a reír.

—Imagino que eso te divierte —dije nervioso.

—Pues sí... a veces.

—Ya veo...

Abrí la puerta con la llave y salimos al pasillo. Cuando nos dirigíamos a la salida, las cortinas que la cerraban se agitaron y apareció un tipo alto y delgado con pinta de poca salud, que se detuvo al vernos. Después retrocedió, desapareciendo al otro lado de las cortinas.

—¿Quién era ese? —le pregunté a la muchacha.

—No lo sé, nunca lo había visto. Tal vez venía en busca de alguna de las chicas.

No repliqué, entre otras razones porque la súbita presencia de aquel fulano, y la manera que había tenido de desaparecer me habían alarmado.

Salimos al salón y lo atravesamos. Ella iba a mi derecha, colgada de mi brazo, tan cariñosamente como si hiciera años que nos conociésemos. Sin embargo, al acercarnos a la salida la aparté un poco de mí, la dejé adelantar un par de pasos y entonces avancé de manera que ella quedase a mi izquierda.

No había duda. Se tramaba algo a nuestro alrededor. Podía sentirlo en mi piel tan claramente como el viscoso contacto de una serpiente. Confusamente sentí alegría al advertirlo porque eso significaba que mis viejas facultades comenzaban a dar fe de vida.

Retuve el paso y Edna me miró, extrañada.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin alarma alguna.

—Ten cuidado y haz lo que te indique... No hables ahora.

¡Si hubiera podido descubrir al tipo del pasillo!

Miré a mí alrededor afectando indiferencia. Tenía que localizar la fuente de aquella sensación, el lugar de donde partía el peligro...

No vi nada sospechoso. Había demasiada gente por allí, al parecer sin nada determinado que hacer.

No obstante, la sensación se agudizaba por momentos.

Habíamos llegado a la gran arcada que separaba el vestíbulo del saloncito interior donde estaban el guardarropía y las puertas de los lavabos. Entonces lo descubrí.

El tipo con pinta de enfermo acababa de detenerse junto al guardarropía. Estaba hundiendo su mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, como quien trata de encontrar el resguardo de una prenda dejada allí al entrar. Pero el bolsillo le abultaba demasiado.

Giré rápidamente la cabeza. Dos hombres más habían aparecido en la puerta de la calle. No se necesitaba ser ningún lince para adivinar lo que eran y qué se proponían... Y yo tenía a la muchacha a mí lado.

Edna estaba poniéndose nerviosa también.

—¿Qué ocurre? —preguntó, inquieta.

—Cuando te empuje tírate al suelo. ¿Has comprendido?

No comprendió porque los acontecimientos se precipitaron. El del guardarropía empuñaba ya un revólver cuando lo descubrí. Brutalmente, sin titubeos, empujé violentamente a la muchacha, que rodó por el suelo en el instante en que yo saltaba a un lado, alejándome de ella para apartar todo peligro que pudiera correr.

Empecé a disparar antes que mis pies tocaran el suelo. Esta vez las cosas fueron mejor al principio. Las dos balas que iniciaron el mortal concierto acabaron con todas las posibles enfermedades del pistolero del pasillo. El empuje de los poderosos proyectiles lo arrojó contra el pequeño mostrador, dio una voltereta y desapareció detrás salpicando de sangre a la aterrorizada muchacha que chillaba histéricamente.

Entonces me revolví casi en el aire para enfrentar a los de la salida. Disparé al mismo tiempo, pero se habían separado y sus armas entraron en liza al mismo tiempo que la mía. Una bala aulló muy cerca de mí oreja. Sólo había una probabilidad de salir entero de aquella encerrona y la puse en práctica. Me arrojé hacia adelante

en un desesperado «ploongeon» sin dejar de apretar el gatillo. El que disparaba contra mí recibió toda la andanada antes de darse cuenta de lo que se le venía encima.

Pero el otro no disparaba contra mí. Su atención se centraba sobre Edna. Miré a la muchacha y vi saltar el estuco a una pulgada de su cabeza. Entonces comprendí...

Y disparé salvajemente, una y otra vez, y tantas cuantas veces apreté el gatillo las balas destrozaron el cuerpo del cobarde atacante. Hasta que el percutor repicó inútilmente.

Edna, inmóvil, estaba acurrucada en el suelo pero no me preocupé de ella en aquellos instantes. Estaba viva y eso era suficiente. Me apoderé del revolver del último que había caído y miré a mí alrededor. Nos habíamos quedado solos.

Sin embargo, podía haber otro en la calle, al cuidado del coche. Asomé la cabeza y llegué a tiempo de ver a un gran «Cadillac» deslizarse suavemente a lo largo de la calle. Todo calculado al segundo. Iba a estar frente a la puerta en cuanto aquellos esbirros hubiesen terminado su trabajo.

Esperé. El chófer abrió la portezuela de aquel lado de la calle y fue a través de la puerta abierta que le llegó la andanada de plomo del revólver. El coche describió una curva, aceleró y fue a estrellarse contra los que estaban estacionados al otro lado.

Me sorprendí al encontrarme a la muchacha a mí lado. Estaba muy pálida, pero su cara no reflejaba ningún miedo.

—Iban por mí, ¿verdad? —susurró.

—Yo diría que se interesaban por los dos... pero tú eras su principal objetivo, pequeña. Eso demuestra que sabes algo que puede ponerlos en un apuro. Vámonos de aquí antes que la gente reaccione.

Echamos a correr por la acera. Los silbatos de la policía se acercaban, y también los curiosos comenzaban a asomar la cabeza.

—¿Tienes coche? —le pregunté, deteniéndome en la esquina.

—Sí... pero no lo tengo aquí.

—No importa... Escúchame bien. Vamos a quedarnos unos instantes quietos aquí hasta que pasen los polis... Nos tomarán por una pareja de curiosos. No pierdas la serenidad, monada...

—Sé cuidar de mí misma, tonto.

—Ya veo...

El guardia pasó por nuestro lado como una exhalación, soplando en su silbato y enarbolando el revólver de reglamento.

—Ahora podemos largarnos —decidí al ver la multitud que estaba congregándose delante del cabaret—. No creo que nadie nos moleste.

Anduvimos un trecho sin hablar. Sentía mis nervios tensos y en todo mi cuerpo se extendía una extraña sensación de apremio, de inquietud. Se me ocurrió pensar que ella parecía más tranquila que yo.

—¿Dónde vives, Edna? —pregunté al cabo de unos minutos de marcha.

—¿Quieres que vayamos a mí casa?

—Sí... ¿O crees que irán a buscarte allí también?

—No lo sé. No comprendo nada de esto... ¿Por qué quieren matarme? No he hecho nada contra nadie...

—Esa gentuza no necesita un motivo declarado para matar, pequeña. Si creen que puedes resultar un peligro para ellos te despachan y asunto concluido. Tú eras amiga de Angelo. Y él pudo haberte dicho algo que ahora puede ser peligroso para esos tipos... Es un motivo más que suficiente.

—No tiene sentido... Casi nadie sabía lo de Angelo y yo... ¿Cómo lo han sabido ellos tan pronto?

—Tienen ojos en todas partes... aunque empiezo a creer que he sido yo quien los ha puesto sobre tu pista...

—¿Tú?

—Sí. Alguien me ha telefoneado esta noche, uno de ellos. Ha intentado tenderme una trampa y yo he querido dárme las de listo con él. Le he dicho que había encontrado la cartera de Angelo... y que en ella había una pista que me llevaría hasta su guarida... No han tenido que hacer más que pensar qué podía haber en la cartera. De esto a decidir que Angelo podía tener en ella algo referente a ti no había más que un paso... Si sabían que él era tu... Bueno, digamos novio.

—Comprendo... A propósito, ¿cómo te llamas?

—Raymond Mulligan.

—Te llamaré Ray... ¿Eres también como ellos? Quiero decir sí...

Calló, sin encontrar la palabra. La ayudé, riendo.

—¿Quieres decir si soy también un pistolero?

—Eso es.

—No. Por lo menos, no un pistolero tal como la gente interpreta esa palabra.

—No te creo. Lo que has hecho al balear a esos tipos no es una cosa que pueda hacerla cualquiera. Sabías en todo momento lo que tenías que hacer y cómo debías hacerlo.

Vacilé. Ella tenía razón, pero hay cosas que no pueden revelarse a las primeras de cambio. No obstante dije:

—Hace años me entrenaron a fondo para esa clase de escaramuzas. Todavía recuerdo algo...

—No te creo, Ray, pero no importa. Sabiendo que no eres uno de ellos todo lo demás es secundario.

—Dime; ¿quieres que vayamos a tu casa?

—¿Y si vienen a buscarme allí?

—Sí... es posible que lo hagan. Está bien, Edna, entraremos en cualquier bar apartado donde podamos hablar...

Encontramos un establecimiento ideal, poco concurrido y con mesas en una especie de reservados. Tomamos asiento en uno de ellos, pedí dos dobles de *whisky* y no despegué los labios hasta que el camarero se hubo alejado después de servirnos.

Entonces empecé:

—Bien, trata de recordar las veces que hablaste con Angelo. ¿Mencionó él algún nombre?

—Sí. Algunas veces...

—Bueno, ya es algo. Dime qué nombres mencionó y todo lo que sepas de ellos.

—Angelo estaba a las órdenes de un hombre llamado Novaro... Por lo menos, era con él con quien se entrevistaba muy a menudo.

—¿Sabes dónde vive ese tipo?

—No. O quizá... Espera —exclamó de pronto, con un sobresalto—. En casa hay un guía de bolsillo... Pertenecía a Angelo. Tiene muchas direcciones y teléfonos anotados en ella.

Casi me levanté de un salto.

—¡Y estamos aquí, perdiendo el tiempo! Iremos a buscarla antes que lo hagan ellos.

—Tal vez haya apuntada la dirección de ese Novaro. Nunca he sentido curiosidad por ver lo que hay en ella. También hablaba

alguna vez de un hombre llamado Lindsay. Ese parecía ser muy importante.

—Ya veo... ¿Has oído alguna vez el nombre de Skinner?

—Sí.

Me atraganté. No podía creer en tanta suerte.

—¿Quién es? —pregunté conteniendo el aliento.

—No lo sé, pero Angelo lo mencionó una o dos veces por teléfono. Estaba hablando con Novaro y ese nombre salió en la conversación.

—Trata de recordar esa conversación...

—Es inútil. Apenas si les prestaba atención... Estaban hablando de cierto rancho, pero creí que era un escondrijo donde organizar una de sus bacanales.

—¿Una de sus bacanales? —aquello tomaba un rumbo totalmente inesperado—. ¿De qué estás hablando?

—Ya deberías saberlo —me reprochó—. Se reúnen algunos ricachos en un lugar apartado y discreto, y los tipos como Angelo y los suyos llevan licores y mujeres, y drogas si eso entra también en lo que han planeado, y organizan denigrantes orgías que a veces duran dos o tres días...

La miré, un tanto sorprendido.

—Al oírte, cualquiera diría que eres una de esas puritanas de villorrio, y sin embargo...

No supe qué añadir para no ofenderla. Pero ella no se andaba por las ramas. Sonrió sin alegría y terminó por mí:

—Y sin embargo, soy una cualquiera.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que has pensado, juzgando por la clase de trabajo que hago. ¿No es así?

—No tengo nada que decir de tu trabajo. Más bien influye en mí tu círculo de amistades. Si Angelo era algo para ti... Bien, eso sí da mucho que pensar.

—Comprendo. Pero hay veces que a una le es imposible esquivar algo que la desagrada. Por lo menos, si se aprecia la salud o si se quiere seguir trabajando. Ya debes saberlo...

—Ya veo... En fin, eso no es lo que estábamos hablando. Intenta recordar algo más sobre ese rancho.

—No puedo... Ya te he dicho que apenas si prestaba atención

a sus cosas.

—En resumen, que no puedes facilitarme la tarea —refunfuñé, desilusionado.

—A menos que el carnet de notas que hay en casa te sirva...

—Es cierto. Vamos a por él.

Apuré el *whisky*, sorprendiéndome al encontrarlo tan bueno. Casi tenía la sensación de que llevaba años sin beber. Lo malo fue que el cuerpo pidió más.

La tentación creció y creció, comenzando a dominarme. Fue lo mismo que una oleada de ansiedad, de deseo físico...

Y yo me había prometido mantenerme sobrio durante aquella noche. Dependía tanto de ello...

Edna debió notar en mi rostro lo que estaba pasando por mí, porque me miró fijo y murmuró:

—¿Qué te sucede, Ray? Estás pálido... y tiembles...

—No es nada...

—*Sí es nada* —insistió—. ¿Qué tienes, estás enfermo?

—No... ¡Oh, al diablo! —estallé—. Tarde o temprano llegarás a saberlo igualmente. Necesito beber, ¿comprendes? Más *whisky*... Siempre necesito más desde hace unos años. Pero esta noche no quiero beber... Necesito estar sobrio para librarme de esa pandilla de matarifes. No obstante el deseo es demasiado fuerte...

—Comprendo...

—Lo dudo. ¿Has visto muchos tipos alcoholizados en tu vida?

—Sí... Pero estaban mucho peor que tú... No me parece que seas un alcohólico...

—Muy amable... Espérame aquí.

Me acerqué al mostrador y pedí otro doble, que engullí de un trago. Bebiéndolo de golpe ardió furiosamente en la garganta, y cuando llegó al estómago semejó un incendio.

Regresé junto a Edna, que me miró con un extraño brillo en los ojos.

—¿Te sientes mejor? —indagó suavemente.

—Sí...

—Deberías hacer algo para dejar la bebida... Bueno, vámonos...

Se levantó y quedó de pie frente a mí. Era alta y estatuaria, sin embargo quedaba algunas pulgadas más baja que yo a pesar de sus tacones.

Quedamos mirándonos a los ojos muy fijo. Capté toda su sensual belleza y vagamente, como algo lejano, se me ocurrió pensar que esa sensualidad de su cara, de su cuerpo, de toda ella, no encajaba con la dulce ingenuidad de su mirada. O tal vez era esta la que no encajaba con la sensualidad...

Alargué las manos, la sujeté y atrayéndola contra mí busqué sus labios en un beso desesperado, violento, en el que quería hundirme y olvidar... y volver a flote dejando atrás definitivamente aquellos últimos años de mí vida.

Cuando la solté me sonrió.

—¿Siempre eres tan impulsivo, Ray? —susurró.

—No... yo...

Se empinó sobre sus pies y rozó mis labios con los suyos. Después murmuró, muy quedo:

—No lo estropees... También a mí me ha gustado...

No lo estropeé. Intenté sonreír, pero sin pronunciar palabra. Entonces me di cuenta que un par de camareros y algunos clientes nos miraban con burla y me apresuré a tomarla por el brazo y abandonamos el local como si nos persiguieran...

CAPÍTULO VI

Cerró silenciosamente la puerta. Yo dije:

—No me gusta tanta tranquilidad.

—¿Por qué?

—Si están tan interesados en acabar contigo deberían tener esto vigilado... Espera, no enciendas la luz.

Avancé a tientas hasta la ventana. La cortina estaba descorrida, de manera que puede espiar la calle sin impedimento alguno. Pero podía haberme ahorrado el trabajo. No había ni rastro de nada sospechoso.

—Tal vez creen que han terminado conmigo los del cabaret...

—Lo dudo —opiné—. Debían tener alguna señal convenida, o alguna manera de ponerse en contacto después del atentado. El silencio de los «torpedos» los habrá puesto en guardia... En fin, démonos prisa.

—¿Enciendo la luz?

—Sí... Creo que puedes hacerlo.

No estaba muy seguro de esto, pero la necesitábamos para encontrar lo que habíamos ido a buscar.

No tardó más que unos minutos en traerme una de esas pequeñas libretas con tapas de cuero. Era una guía alfabética de bolsillo y pronto vi que tenía muchas anotaciones, aunque no podía saber si me servirían o no. Busqué primero en la letra N... Novaro, allí estaba, con su dirección y número de teléfono. Un descuido que iba a costarles muy caro...

Sin embargo, no encontré el nombre de Skinner, lo cual me dio bastante que pensar.

—Tenemos que irnos —decidí al fin—. Aquí te encontrarían fácilmente.

—¿A adonde puedo ir, Ray? Tampoco me parece que tu casa sea un lugar muy seguro...

—No lo es. Pero podremos inscribirnos en cualquier hotel de esos que no hacen preguntas.

Sonrió.

—En otras circunstancias —murmuró—, eso podría interpretarse de muy distintas maneras, Ray...

—Afortunadamente, te queda buen humor...

—¿Por qué estás tan sombrío? Hasta ahora hemos tenido suerte, ¿no es cierto?

—Estoy pensando...

Saqué el revólver del pistolero y lo abrí. Quedaban dos balas solamente. Los otros cartuchos estaban vacíos.

—Y mi pistola está también sin munición —refunfuñé—. Si nos tropezamos con esa gentuza nos veremos en un aprieto. Si pudiese ir a mí hotel...

—¿Y si te esperan allí?

—Es lo más seguro. Sin embargo... Pero antes buscaremos un refugio para ti. No puedes pensar en volver al cabaret tampoco.

—Eso va a ser lo peor. Empezarán a buscarme cuando vean que no aparezco para mí otra actuación de esta noche.

—Ya se arreglarán. Vamos, salgamos de aquí.

La calle estaba completamente desierta, pero los coches aparcados representaban una amenaza. Ya sabía cómo trabajaban aquellos matones.

Echamos a andar sin prisas, pero con precaución. Anduvimos así más de dos travesías y nada sucedió ni nada sospechoso ocurrió a nuestro alrededor.

—No son tan listos como cabía suponer —dije en voz baja.

—Tengo miedo, Ray... Creo que empiezo a comprender ahora el gran peligro que corremos. Aunque a tu lado me siento bien... Estoy segura que nada me sucederá mientras te tenga conmigo.

—No te fíes. Recuerda que solo me quedan dos balas... Con eso no se puede hacer mucho.

No obstante, llegamos al hotel que yo había elegido sin que ningún enemigo diese señales de vida. El portero nocturno no nos prestó ninguna atención, pero exigió cinco dólares por adelantado, que guardó cuidadosamente en un cajón antes de entregarnos la llave de una habitación.

Cuando estuvimos en ella comenté, sonriendo:

—Si tus amistades descubren que has pasado aquí la noche conmigo, tu reputación bajará algunos puntos.

—Nunca me ha preocupado mi reputación, Ray... Por lo menos, hasta ahora.

—¿Por qué ha de preocuparte ahora?

No respondió. Estaba mirándome y creí comprender. Sus grandes ojos eran muy elocuentes.

Inclinándome, la besé largamente y ella correspondió al beso como si fuera el primero que recibía en su vida. Sus brazos se enroscaron en mi cuello... y casi me olvidé de lo que me quedaba por hacer.

—Ray... —susurró, cuando la aparté.

—No debe preocuparle nada, pequeña —la tranquilicé—. Cuando todo esto termine... Bien, entonces podremos hablar tú y yo. Suponiendo que no sientas alergia por los borrachos.

—¿Por qué tu afición a la bebida, Ray? No eres precisamente el tipo apropiado para borracho...

—¿Es que hay un tipo determinado de borracho, niña?

—Creo que sí; los débiles, los que no tienen valor para superar las dificultades o las crisis... No sé, siempre he pensado así. Por eso me gustaría saber por qué bebes.

—Es largo de contar... Pertenecí a cierta organización oficial. Nos entrenaron y después nos encomendaron una misión terrible en territorio ruso... Teníamos que destruir una base experimental de cohetes... y lo que en ella estaban montando: Un cohete gigantesco, de casi doscientos metros de altura...

—¿Y qué? —me instó al ver que yo callaba.

—Fue espantoso. En aquellos años estábamos muy atrasados en el programa espacial con respecto a ellos... Era de capital importancia frenarlos, y con ese golpe sufrirían un retraso de diez años. Bien, lo hicimos.

—¡Cielos! ¿Quieres decir que...?

—Sí. Conseguimos llegar hasta la base soviética. Ardió todo... Edificios, máquinas, laboratorios... y el cohete. Aquel gigante de acero desapareció entre llamaradas y explosiones. Todo se convirtió en un infierno en donde ardían por igual máquinas y hombres. ¿Comprendes? Hombres convertidos en antorchas humanas... ¡Santo Dios! Hay veces en que todavía oigo sus

aullidos.

—Comprendo...

—¡No puedes comprender! —exclamé, excitado—. Eso no fue más que el principio. Lo peor resultó la huida. Nos persiguieron a través de inmensas distancias... acosándonos como alimañas, cercándonos a veces, matando a casi todos. Quedamos tres solamente de un grupo de doce hombres. Yo vi a mis compañeros, los mismos muchachos que habían vivido conmigo durante meses, colgar de un árbol cabeza abajo, decapitados... Los he visto arder como teas... caer uno a uno entre espantosos sufrimientos y sin poder hacer nada por ellos. Sólo huir, escapar esperando que la muerte nos cayera encima en cualquier momento. Y todo ello con nieve hasta la cintura... durante más de veinte días. Sólo tres logramos pasar la frontera.

Estaba pálida, impresionada. En mi mente había vuelto a revivir el horror pasado y de nuevo mis manos temblaban como las de un viejo. Sin embargo, añadí todavía:

—Conseguimos volver a nuestro país, pero estábamos acabados. Lo que habíamos vivido era demasiado para resistirlo sin experimentar un hundimiento total. Empecé a beber... y a los otros les sucedió lo mismo. Entonces nos llamó el jefe del departamento a que pertenecíamos... Nos habló con mucha amabilidad... para expulsarnos. Éramos hombres sin nervios, entregados a la bebida y ya no le servíamos. Nos prometió que se nos pasaría una pensión por nuestro retiro y nos dio la patada. Ya no le éramos útiles, ¿comprendes? Nos había «quemado» en una misión inhumana, bestial y despiadada. Pero bebíamos... teníamos que haber encajado todo aquello deportivamente, según nos dijo. ¡Deportivamente! Hombres quemados vivos, decapitados, cayéndoles los miembros a pedazos a causa de habérseles helado la carne... ¡Y teníamos que encajarlo deportivamente...!

—Cállate, Ray... No debieron hacer esto contigo... pero puedes sobreponerte, buscar un aliciente a la vida, un motivo por el cual vivir. Eso te hará olvidar y conseguirás dejar de beber...

—¿Crees que ese motivo puedes ser tú, Edna?

—¿Por qué no?

Así de sencillo. Y lo grande era que yo empezaba a creerla... Comenzaba a darme cuenta en aquellos instantes, representaría

para mí la única razón de mi existencia.

Sin embargo, quedaba el asunto de Crane por en medio. Un asunto que era enteramente mío.

—Debería darte las gracias, Edna —murmuré—, pero esperaré a que termine este endiablado asunto. Entonces... Sí, puedo decírtelo; tú serás mi horizonte.

La encontré entre mis brazos incluso antes de darme cuenta. Tal vez el beso duró solamente unos segundos, o quizá una eternidad. Cuando me aparté supe que ya jamás volvería a encontrar aliciente a la vida sin ella.

—Tengo que irme —dije con voz enronquecida—. No salgas para nada hasta mi vuelta. ¿De acuerdo?

—Te esperaré, Ray... Ten mucho cuidado, por mí.

—Volveré, amor...

Giré sobre mis talones y salí apresuradamente. Si hubiese vacilado en aquellos instantes ya no habría salido de allí en lo que quedaba de noche.

Me detuve en la acera, indeciso. Indudablemente, no podía ni soñar con enfrentarme a Novaro sin armas. Tenía que ir al hotel en busca de munición, exponiéndome a un serio tropiezo.

Pensando que todavía me quedaban algunos dólares me hice conducir por un taxi, pero apeándome a dos manzanas de distancia del hotel. El resto del camino lo recorrí a paso lento por la acera opuesta, pegado a las paredes.

Si había pistoleros en alguna parte yo no los vi, pero sí descubrí un coche policíaco estacionado frente a la puerta del hotel. Detrás del patrullero había otro auto con un hombre de paisano ante el volante, lo cual indicaba que estaban esperándome. Pero, ¿por qué?

Si era por los pistoleros muertos... bien, no me importaba enfrentarme a la policía por ese hecho consumado. Así es que atravesé la calle y penetré en el vestíbulo.

Un tipo que estaba sentado en una desvencijada butaca se levantó de un salto al verme.

—¿Mulligan? —gruñó.

—Sí.

—Arriba están esperándole.

Se colocó a mi lado y me escoltó hasta mi apartamento. No

querían que me desviara durante el trajéelo. Sin embargo, no entró conmigo, limitándose a cerrar la puerta cuando hube entrado, quedándose él fuera.

El teniente Travers, el sargento Shaw y el viejo Chattaway clavaron sus ojos en mí con cara de pocos amigos.

—Creíamos que estaba borracho en cualquier taberna, Mulligan.

La voz del teniente contenía a duras penas su impaciencia.

—Por una vez se ha equivocado. ¿Qué pasa para organizar semejante reunión?

Travers miró al general, quien asintió ligeramente con la cabeza antes de tomar la palabra:

—¿Recuerda lo que le conté sobre lo sucedido con Crane?

—Sí.

—Bien, mi teoría era acertada. Incluso uno de los guardias que formaban la barrera recuerda perfectamente que examinó su documentación. Se fijó en lo de funcionario del Estado, le hizo unas preguntas y lo dejó pasar.

—¿Y bien?

—Tenemos el convencimiento de que ahora irán a por usted.

—También en eso acierta, viejo.

—¡No me llame así! —estalló. Tenía los nervios de punta—. ¿Cómo sabe que acierto, es que se han puesto en contacto con usted?

—Sí.

Les conté la conversación telefónica. También les bable del fulano llamado Skiner, ya que sería más fácil su localización por la policía que por mí, aunque no les dije que había sido Crane quien me había dicho aquel nombre.

—¿Qué ha estado haciendo usted, Mulligan? —quiso saber el general.

—Dando vueltas... Haciendo preguntas... Moviéndome, en una palabra.

—Sea más concreto. ¿Tiene alguna pista? Y le recuerdo la importancia de lo que está en juego. Es algo más importante que cualquier venganza de tipo personal que usted pueda ambicionar. Todos deseamos vengar a Crane y a Bannister, pero debemos supeditar nuestros sentimientos a los intereses de nuestro país. Así

es que si sabe algo que pueda ayudarnos, dígalo, Mulligan.

—Para mí no hay nada más importante que ajustar la cuenta de Crane. El murió por no haberle hecho yo caso cuando me pidió ayuda. Debo vengarlo.

—Tonterías —rezongó Chattaway—. De todas formas lo conseguiré si terminamos con esa organización y recuperamos el envoltorio.

—Lo siento... No creo que pueda ayudarles.

Travers soltó un juramento y avanzó un paso.

—¡Maldito borracho! —gruñó—. Levante los brazos.

—¿Qué demonios...?

Antes que pudiera seguir protestando, el sargento se colocó a mí espalda y noté el inconfundible contacto de un revólver. Estaban tan furiosos que eran capaces de cualquier estupidez, de manera que levanté las manos para permitir al teniente que registrara mi indumentaria.

Naturalmente, encontró el revólver y la «Luger», lo cual le entusiasmó, impidiéndole seguir buscando, con lo cual habría descubierto también el cuchillo.

—Y las dos armas recién disparadas —comentó después de examinarlas—. También en esto habíamos acertado...

El viejo abandonó la silla y se acercó. A pesar de su impaciencia no parecía guardarme rencor por nada de lo sucedido, ni siquiera por el puñetazo...

—Sea sensato, Mulligan. ¿Por qué se ha llevado una muchacha de un cabaret? Le prevengo que lo sabemos todo.

—Si ya lo saben no tengo por qué responder a sus preguntas.

—Déjemelo a mí —gruñó Travers—. Vamos a ver, Mulligan. Tenemos las declaraciones de una docena de testigos del tiroteo. Sabemos que tres pistoleros le han tendido una emboscada cuando usted salía con una mujer. También sabemos que iban dispuestos a matarla a ella... ¿Por qué?

—Pregúnteselo a ella.

—¡Maldito cabezota! Eso es lo que queremos hacer. ¿Quién era esa chica, o qué relación tiene con todo esto?

—Ninguna.

—¡No mienta, condenado borracho!

—¿Váyase al diablo! Ella no tiene nada que ver con este lío.

Sin previo aviso me golpeó. El dorso de su mano restalló contra mi mejilla, arrojándome hacia atrás. Pero en aquellos instantes yo no estaba bebido, de manera que me recobré instantáneamente dispuesto a lanzarme sobre él ciego de furor.

Pero el sargento lo impidió. Su revólver volvió a presionarme, y su voz sin inflexiones refunfuñó:

—No lo haga, Mulligan, o le meteré un plomo en una pierna.

—Ya veo... Están dispuestos a todo...

—Estamos dispuestos a llegar mucho más lejos de lo que usted puede imaginar, muchacho —me advirtió el general amistosamente—. Esta jugada es demasiado terrible para permitirnos jugarla de otra manera. Métase en la cabeza que ni su vida ni las nuestras valen un centavo ante el éxito de nuestra misión, así es que reflexione...

—Ya veo...

—Vamos, Mulligan. ¿Qué sabía esa chica? —me apremió el viejo.

Decidí que podía contarles parte de la verdad, la que para mí resultaría una tarea demasiado complicada... aunque no estaba dispuesto a decirles una palabra de Novaro. Él era cosa mía.

—Bien, ustedes ganan —acepté al fin—. La muchacha se llama Edna Yale. Era la amiguita del pistolero que maté en la acera... Un tipo llamado Angelo. Según ella, Angelo recibía órdenes de alguien llamado Lindsay. También estaba en relación con ese Skinner, aunque Edna ignora dónde viven esos dos.

También cree recordar que en una reciente conversación telefónica entre Skinner y Angelo se mencionó un rancho.

Me sorprendió ver cuánto les interesaba esto. Cruzaron una rápida mirada entre ellos antes que Trevers preguntara:

—¿De qué rancho se trataba?

—No lo sabe. Sólo recuerda que mencionaron uno.

—¡Condenación! Lo más importante y... Bueno, no importa; siga hablando.

—No hay más que decir.

—Eso lo decidiremos nosotros. ¿Dónde está ahora esa mujer?

—No lo sé. Me ha dicho que se proponía salir de la ciudad sin acercarse siquiera a su apartamento. Estaba muy asustada.

—Me gustaría estar seguro de usted, borracho de los demonios.

Pero no puedo creerle y...

Chattaway le atajó con un gesto. El viejo se me acercó mientras yo trataba de restañar la sangre que brotaba de la comisura de mis labios.

—Escuche, Mulligan... Ayúdenos y haré cuanto pueda por usted. Veo que hoy apenas si ha bebido. Eso es un buen síntoma... Incluso podría reingresar en el servicio y...

—Ahórrese el resto. Cuando necesitaba realmente su mano para superar la crisis usted me arrojó, a mí y a los otros, con un par de puntapiés. Ahora no le necesito para nada.

—Un momento —volvió a intervenir el teniente—. ¿A qué ha regresado aquí? ¿Pensaba encontrar a alguien esperándole?

—Realmente, creía tropezar con algún pistolero, pero la presencia de ustedes debe haberlos asustado. Por otra parte, he vuelto en busca de munición.

—Ya veo...

Volvieron a cambiar miradas entre sí. El viejo se encogió de hombros, como cediendo la iniciativa a Travers. Este dijo:

—Bien; se quedará usted aquí. No trate de asomar las narices a la calle o le pesará. Dejaré a dos de mis hombres para estar seguro de que no sale del hotel. Y también me llevaré su armamento. No creo que sin él desee usted salir a paseo.

Soltó una risita y vi como las armas desaparecían en sus bolsillos. Travers estaba buscándose disgustos.

—Cuidado con la «Luger» —le advertí, iracundo—. Es un viejo recuerdo.

—¿Sí?

—Estoy dispuesto a recobrarla. Travers... y lo haré aunque tenga que aplastarle a usted.

Intentó echarse a reír, pero no lo consiguió, como tampoco logró apartar su mirada de mí. Al fin dijo con voz un poco ronca:

—Estará en mi despacho, Mulligan. Se la devolveré cuando esto haya terminado.

Se dirigió a la puerta seguido del sargento. El viejo se entretuvo unos instantes, y finalmente se decidió a soltar lo que llevaba en el buche.

—Lo lamento de veras, Mulligan... Era usted uno de los mejores hombres que he tenido a mis órdenes.

—Usted lo ha dicho, general: «era».

Salió y cerró la puerta.

Esperé diez minutos. Pasado ese tiempo, salí al pasillo y atisé en ambas direcciones. No había nadie. Los dos vigilantes debían haberse apostado en el vestíbulo. Yo subí escaleras arriba hasta la azotea.

Unos minutos más tarde estaba en la calle lateral del hotel, después de haber recorrido las azoteas de tres edificios y haber descendido por uno de ellos sin dificultad. Travers había olvidado que yo llevaba casi tres años viviendo en aquel cuchitril y que lo conocía palmo a palmo.

Un olvido del que se arrepentiría tarde o temprano.

CAPÍTULO VII

Oculto en el quicio de una puerta contemplé el edificio que se alzaba al otro lado de la avenida. Una casa de lujo. El tal Novaro sabía vivir bien. Veríamos si sabía también morir de igual modo.

No veía manera de llegar hasta él contando con el cuchillo como única arma. Tampoco se me ocurría nada para obligarle a salir y enfrentarse conmigo, y aunque se me hubiese ocurrido, lo más probable sería que Novaro esgrimiera un revólver, con lo cual yo lo pasaría bastante mal.

Además, no deseaba matarlo a las primeras de cambio. El podría llevarme hasta el asesino de Crane, que era lo que realmente me interesaba.

Pero, ¿cómo conseguirlo?

Mi cerebro funcionaba a toda velocidad. Ni siquiera las continuas llamadas de mí sangre reclamando alcohol consiguieron distraerme de mí propósito.

Hasta que creí haberlo encontrado. Era algo muy problemático, tanto que difícilmente podría salir bien, pero fue la única idea aceptable que conseguí hallar.

Necesitaba un coche para poner en práctica aquel desquiciado proyecto. Un coche es difícil de obtener cuando no se tiene un centavo... o muy fácil si uno sabe qué tiene que hacer. Y yo lo sabía.

Me deslicé a lo largo de la acera examinando los vehículos estacionados. Necesitaba uno que fuese rápido... Casi lancé un grito de entusiasmo al ver un «Thunderbird» azul con la capota bajada.

Naturalmente, no estaban las llaves, pero eso era un contratiempo fácil de superar. Tras asegurarme de que no había nadie por los alrededores entré en el coche, tendiéndome en el asiento delantero. Me costó casi diez minutos localizar la salida de

los cables de contacto, bajo el *tablier*, pero una vez encontrados el resto fue cuestión de un minuto. Hasta entonces la suerte estaba de mí lado.

Abandoné el coche diciéndome que sería divertido que aquel resultase ser el auto de Novaro...

El siguiente paso fue buscar un bar donde hubiera teléfono con cabina. Lo hallé a dos manzanas de distancia y me encerré en ella.

Consulté la guía de Angelo y marqué el número de Novaro. Aspiré hondo, diciéndome que tenía que representar un drama con más propiedad y realismo que un astro de Hollywood.

Una voz suave y culta preguntó:

—¿Quién llama?

—¡Novaro! —exclamé—. ¡Tengo que hablar con Novaro rápidamente!

Mi voz contenía toda la ansiedad del infierno. Una ansiedad que pareció contagiarse a mí interlocutor.

—¿Quién le llama? —y en el acto añadió apresuradamente—. Espere, le avisaré...

No tuve que aguardar ni medio minuto. Una nueva voz, tan educada como la primera, inquirió nerviosamente:

—¿Qué sucede?

—¡Tengo a la policía encima...! —casi grité—. ¡Lo saben todo! A estas horas deben haber detenido a Lindsay. Saben también lo de Skinner...

—¡Espere! —aulló el tipo, con voz que se había convertido en histérica—. ¿Desde dónde habla?

—No puedo perder tiempo... me tienen cercado... Todo lo de Crane ha sido descubierto y saben también dónde está el paquete con los micro... ¡Malditos sean, ya están aquí!

Colgué de golpe, abandoné la cabina y el bar y corrí pegado a las paredes hasta donde estaba el «Thunderbird». Me acomodé ante el volante, pisé el arranque y el motor zumbó al apretar el acelerador. Quité el pie del pedal y quedó en marcha, dejando oír apenas un leve susurro. Entonces pisé el embrague, metí la primera y esperé con el pedal bajado para poder salir de estampida en cualquier momento.

No tuve que esperar ni un minuto. La puerta de la casa donde vivía Novaro se abrió y dos hombres salieron por ella como si los

persiguieran. Ambos corrieron calle abajo.

Despacio, comencé a sacar el coche dispuesto a salir lanzado. Los vi saltar a un gran «Cadillac» negro, apartarlo de la acera y dispararlo de manera suicida. Encendieron las luces cuando doblaron la primera esquina.

El rápido coche que yo, pilotaba se portó como pregonaban sus fabricantes, aunque no encendí las luces. Conservé una respetable distancia entre ellos y yo, de manera que si resultaba más difícil mantenerlos a la vista, sobre todo sin luces, también para ellos era más difícil descubrirme.

No había ninguna duda de que llevaban una prisa endiablada. Gracias a la escasa circulación de aquellas horas pudimos mantener el ritmo de marcha por las calles, aunque yo sentía el corazón en la garganta mientras conducía aquel bólico deportivo. Hacía más de un año que no había conducido un coche, de manera que estaba desentrenado por completo. Además, yo sabía perfectamente que mis reflejos ya no eran lo que habían sido a causa de la bebida. No obstante, mi única oportunidad era seguir aquella carrera hasta el final... si no acababa estampado contra un árbol.

Las cosas se simplificaron cuando, después de bordear Palos Verdes, se abrió ante mí la autopista del Sur. ¿A dónde demonios se dirigían?

Tuve que apretar el acelerador para mantenerme más cerca de ellos y aprovecharme de sus luces para adivinar dónde surgía un obstáculo o una curva, ya que seguía sin luces. Así continuamos, en una carrera infernal, durante casi dos horas. El sudor se deslizaba por mi espalda produciéndome escalofríos de angustia. A veces, gotas de ese sudor resbalaban de mi frente, yendo a estrellarse en las pestañas y casi cegándome. El viento me azotaba debido a la velocidad y a la falta de capota en el coche, y los ojos me ardían... Varias veces tuve la seguridad de que iba a estrellarme al tomar las curvas a ciegas, guiándome solamente por los movimientos del «Cadillac», calculando a ojo el espacio o amplitud que él necesitaba para tomarlas...

Hasta que de pronto desapareció.

Fue algo tan sorprendente que tardé varios segundos en comprenderlo, pero la nube de polvo del camino sin asfaltar lo delató cuando yo ya había rebasado la entrada de la nueva ruta.

Tuve un momento de duda. Si la casa estaba cerca, el coche me delataría. Y si estaba lejos, ellos me tomarían mucha delantera en caso de aventurarme a pie.

Afortunadamente, sus propios faros sirvieron de guía. Cuando ya solo distinguía un pálido resplandor vi que ese resplandor se inmovilizaba, apagándose casi al instante. Podía emplear el coche.

Lo lancé por el camino, sin luces, durante un cuarto de milla. Allí lo desvié, dando tumbos sobre un terreno desigual, y al fin lo abandoné, lanzándome a la carrera hacia donde brillaban un par de ventanas.

El rancho.

Aquel debía ser el rancho de que me había hablado Edna.

Me detuve a escasas yardas de la edificación, tendiéndome en el suelo. Estaba todo tan oscuro que era muy difícil que pudieran descubrirme, pero no estaba dispuesto a correr riesgos inútiles si podía evitarlo.

Saqué el cuchillo y lo coloqué entre mis dientes. Sentí un tirón en todos mis nervios. Así había empezado todo, tres años atrás, antes de desencadenar el infierno donde ardieron los hombres como antorchas...

Me arrastré valiéndome de los codos y las rodillas, desviándome un poco hacia la derecha, donde había unos grandes cobertizos. La casa quedaba a mí izquierda, con luces, vida y actividad...

El frío contacto del acero contra mis dientes y labios resultaba agradable, excitante. También entonces lo había sido... Me había causado incluso una oleada de entusiasmo salvaje... Igual que en aquellos momentos.

Me levanté junto al primer cobertizo. Contenía tres coches de gran tamaño. Con sumo cuidado, levanté el *capó* de cada uno, saqué la tapa del distribuidor y volví a dejarlo todo tal como lo había encontrado. Las tres tapas las dejé envueltas entre un montón de trapos sucios de grasa.

Visité el segundo cobertizo, construido a espaldas del que contenía los coches, y me quedé sin aliento. Lo comprendí todo al instante.

Había una avioneta de dos motores. Me pareció una «Pipper», del tipo llamado «Gran Crucero», aunque a causa de la oscuridad

no pude ver los detalles.

Tanteé con sumo cuidado el metal hasta que mis dedos dieron con lo que andaba buscando. Una pequeña tapa en la parte inferior del ala derecha, entre el motor y el fuselaje. La abrí. Dentro había el tapón de emergencia que me costó cinco angustiosos minutos hacerlo girar y sacarlo. Instantáneamente, la gasolina empezó a manar.

Me aparté de un salto. El chorro líquido chapoteó en el suelo, esparciéndose. Si los tanques estaban llenos formarían un enorme charco que inundaría el cobertizo y el garaje del otro lado.

Siempre con el cuchillo entre los dientes, corrí entonces en dirección al rancho, acercándome a él por su parte trasera. Iba tan agachado que la espalda me dolía terriblemente. Pero aún así me pareció que estaba demasiado al descubierto y silenciosamente me dejé caer, aplastándome contra la tierra.

No obstante, a pesar de todas mis precauciones, debí producir algún leve ruido, porque una sombra se destacó de la negra masa de la construcción y avanzó. Distinguí el rifle que empuñaba.

Permanecí quieto, como formando parte del reseco suelo. Sólo cuando aquel hombre estuvo a escasos pasos de distancia de mí empuñé el cuchillo y tensé todos mis músculos. No sentía nada. Ni nerviosismo, ni temor ni entusiasmo. Todo se había esfumado dejándome convertido en una masa de músculos dispuestos a entrar fríamente en acción.

El centinela siguió avanzando, aunque desviado de mí un par de pasos. No me había visto, aunque de volver la cabeza no podría dejar de descubrirme.

Esperé... El dio otro paso... otro... Escuché su respiración, calmosa y tranquila, lo que demostraba que no estaba alarmado. Seguramente pensaba que era una alimaña lo que había producido el ruido...

Otro paso... ¡Otro más...! ¡Vamos... acércate otro paso...! Si lo daba... ¡Y lo dio!

Entonces salté como un resorte. No tuve que esforzarme en recordar las enseñanzas que nos habían inculcado. Todo resultó matemático, mecánico.

Mi mano izquierda se aplastó contra su boca, mientras la derecha con el cuchillo descendía igual que un rayo, hundiéndose

en su garganta. Repetí el golpe, esta vez sobre el pecho, y me aparté lo suficiente para arrebatarle el rifle de entre sus dedos agarrotados.

Yo sabía que ya no podía gritar. Sólo un espeluznante y húmedo gorgoteo escapaba de su cercenada garganta. Tardó unos segundos en derrumbarse, mientras sus ya muertos ojos intentaban atravesar las tinieblas que le envolvían...

Lo agarré al vuelo, depositándolo suavemente en el suelo para evitar el ruido de la caída.

Unos segundos. Eso era todo.

Me estremecí al darme cuenta de que me encontraba bien, casi entusiasmado. Volvía a ser de nuevo la máquina de matar que el general había hecho de mí.

Esta vez corrí hacia el rancho, apretándome contra la pared y deslizándome a lo largo de ella en busca de la parte delantera. Necesitaba saber cuántos hombres había allí. Entre mis manos, el rifle del centinela todavía conservaba el calor de las suyas.

Me detuve en la esquina. La ventana más cercana estaba abierta e iluminada. Las voces Regaban claramente hasta mí. Podía escuchar desde allí, entre otras razones, porque había un tipo sentado en los escalones del porche, también con un rifle o «Winchester» sobre sus rodillas.

Alguien estaba diciendo:

—¡Eso es una traición! No puede usted poner en peligro los microfilms por esperar a su compatriota.

—Yo sé lo que está bien o no —afirmó una voz con una fuerte acento extranjero, un acento que yo conocía a la perfección.

—¿Y para eso hemos trabajado todo este tiempo? —insistió el primero—. Tenga en cuenta que si se malogra la operación por su culpa, Lakewich, reclamaré el pago de los quinientos mil dólares. Métase esto en la cabeza y ahora haga lo que quiera. Yo me largo de aquí.

—¡Espere, Novaro! —gritó el llamado Lakewich—. No podemos saber con certeza que todo esto no es una cortina de humo de alguno de sus propios hombres...

—Ninguno de mis hombres conoce el nombre de Skinner, y el que me ha avisado por teléfono lo ha mencionado. Skinner fue quien se entendió directamente con Crane, ¿lo recuerda? Bien, ahora ate

cabos.

—¿Quiere dar a entender que Crane habló realmente con ese Mulligan que mencionaba el periódico?

—Usted mismo puede verlo. No era una simple trampa después de todo.

—Pero Skinner...

—¡Al diablo con Skinner! Tome usted el avión y lárguese a México con el paquete, tal como estaba planeado.

Hubo un silencio. El vigilante que había ante la puerta se levantó y Comenzó a pasear de un lado a otro, nervioso y alerta.

Comprendí que el paquete que el general buscaba tan desesperadamente estaba allí, en el rancho. Y también me di cuenta de que mi posición era bastante complicada. Aparte del guardián que se paseaba muy cerca de mí, dentro debía haber como mínimo tres hombres más: El tal Lakewich, Novaro y el otro tipo que había viajado con él en el «Cadillac». Eso, suponiendo que no hubiera algún otro.

Si iniciaba el combate valiéndome del rifle que tenía entre las manos lo iba a pasar mal contra tantos. Y si Lakewich decidía emprender el vuelo con el paquete...

De pronto tuve la gran idea. Casi me eché a reír al imaginar el cuadro, muy semejante a aquel otro... aunque este sería de menor envergadura.

Retrocedí cuidadosamente hacia los cobertizos, grabando en mi retina todos los detalles del terreno. Así descubrí un grupo de piedras que podrían ofrecerme un refugio desde donde disparar mientras tuviera munición. Después... Bien, después ya nada tendría importancia. El país no echaría de menos a un borracho empedernido. Tal vez Edna...

Pero también ella olvidaría pronto.

Casi estaba contento cuando llegué al cobertizo que albergaba el avión. Un fuerte olor a gasolina impregnaba el aire, y antes de llegar a destino mis pies chapotearon en el charco.

Todo lo que tuve que hacer fue encender un fósforo y dejarlo caer. Hubo un sordo rugido y una gigantesca llamarada se elevó hacia arriba. Tuve que echar a correr furiosamente para escapar de aquel horno.

Cuando terminaba de arrojarme de cabeza detrás de las piedras

aparecieron ellos. Gritaban como condenados.

El avión ardía ya como una tea, lo mismo que el cobertizo. Las llamas estaban apoderándose también del que cubría los tres coches, aunque tardarían todavía un tiempo en llegar a los vehículos. Primero tenían que atravesar la pared de madera que dividía los dos albergues.

Alguien gritó:

—¡Hay que sacar los coches, rápido!

Volví mi atención hacia el grupo. Dos hombres corrían ya hacia el garaje. Quedaron tres, lo que me demostró que dentro del rancho había uno más de los que yo creía.

A la luz de las llamas distinguí a los dos que habían salido de la casa de Novaro, o sea, a este y a su acompañante. Pero a su lado se encontraba un tipo alto y delgado cuyo rostro iluminado por el fuego semejaba el de un Metistófeles... Aquel debía ser Lakewich.

Apoyé el cañón del rifle sobre las piedras y apunté. La rojiza cabeza del extranjero quedó fija en el punto de mira... y apreté el gatillo.

El estampido me dejó sordo. Por encima del cañón del rifle vi al Mefistófeles levantar los brazos y girar violentamente, derrumbándose después de bruces sobre el polvo.

Los otros quedaron un instante inmóviles por el estupor, pero reaccionaron vivamente echando a correr en dirección al rancho. Pude apuntar y disparar antes que desapareciesen y uno de ellos pegó un salto en el aire, empujado por la bala y por su propio impulso. Dio una voltereta y se desplomó pesadamente.

Sólo quedaba uno, aparte de los dos que habían ido hacia el incendio. Casi me había olvidado de ellos...

Y ese fue mi error. Me cayeron encima como sombras, apretándome contra el suelo, golpeando a ciegas y brutalmente... No tuve ni una oportunidad, a pesar de que me revolví desesperadamente y traté de defenderme. Sin embargo, aunque la hubiese tenido ellos fueron más expeditivos. Algo muy duro me golpeó en la nuca, supongo que una piedra, y la lucha acabó entre un estallido de luces y un relámpago de dolor.

CAPÍTULO VIII

Alguien me zarandeó como a un muñeco. Hice un esfuerzo y abrí los ojos y en el mismo instante un puño se estrelló contra mi cara con la fuerza de un gigante. Mi cabeza rebotó contra algo blando.

Cuando el aturdimiento me permitió mirar a mí alrededor me encontré sentado en un diván, en el interior del rancho y con un terrible dolor en el rostro.

—¡Maldito bastardo! —gritó el tipo que se inclinaba sobre mí.

A través de la ventana podía contemplar el rojo resplandor del incendio. Debía arder como el infierno a juzgar por la iluminación.

Distinguí a Novaro unos pasos más atrás del que me había golpeado. Empuñaba una pistola y sus ojos semejaban iluminados también por el fuego.

—Apártate —gruñó, haciendo un gesto con el arma.

El hombre que se interponía entre él y yo dio un salto de costado. Vi la muerte tan de cerca que casi no me importó. Incluso traté de sonreír.

Dije:

—Vamos, dispare, Novaro... ¿Cómo sacarán «eso» del país ahora?

—¡Condenado...! —se contuvo con un esfuerzo y apretó salvajemente los labios—. ¡Claro que voy a disparar!

Busqué con la mirada al tercer pistolero, pero no lo vi por ninguna parte. Debía estar de guardia, aunque, o estaban locos o habían perdido tanto la serenidad que no comprendían la urgencia de la situación. El resplandor del incendio debía distinguirse desde la carretera, por consiguiente alguien vendría a ver qué pasaba... algún patrullero...

Aunque llegarían demasiado tarde para sacarme a mí del apuro.

—¿Dónde está Skinner, Novaro? —se me ocurrió preguntar.

No tuvo tiempo de responder. Se escuchó el motor de un coche acercándose a toda marcha. Novaro pegó un brinco, pegándose al lado de la ventana. El otro esbirro no me quitó el ojo de encima.

—¡Es él! —exclamó Novaro.

El coche se detuvo entre un rechinar de neumáticos castigados. Un instante después, un hombre entró como una tromba, seguido por el otro guardián.

—¡El avión! —jadeó el recién llegado.

Novaro me señaló con el cañón de la pistola.

—Dele las gracias a Mulligan —gruñó—. Él lo ha destruido. Y ha matado también a su compatriota...

El tipo se quedó petrificado, mirándome como una víbora.

—Mulligan —casi suspiró.

Se acercó lentamente, como un autómatas. Sus ojos semejaban los de un loco, ciegos de furor. Rechinaba los dientes como un animal rabioso y uno esperaba verle escupir un chorro de veneno de un momento a otro.

—Mulligan... —volvió a mascullar con voz sorda—. El único que queda... y nos ha destruido también el avión...

De pronto se desató. Sus largos brazos se dispararon y una catarata de golpes locos, ciegos, cayeron sobre mí desde todas partes. Pensé que iban a matarme a golpes. La desesperación, o la locura tal vez, habían hecho presa en él.

Me revolcó por el suelo y me pateó. Todos mis intentos para cubrirme resultaban inútiles. Pero al fin, medio inconsciente, conseguí sujetarle una pierna y tirar de ella, de manera que el fulano cayó junto a mí como un fardo. Pude aplastarle la nariz con un mazazo tan salvaje como los suyos. Empezó a aullar de furia. Repetí el golpe, esta vez contra su oreja, y sus aullidos se convirtieron en agónicos, mientras se revolcaba, ciego de dolor.

Unas manos como garras cayeron sobre mí, inmovilizándome. No les hice ningún caso, fija mi mirada en el bicho que se revolcaba por el suelo. El golpe en la oreja debía haberle repercutido en el cerebro.

Novaro vino hacia mí.

—Bueno, basta ya... Soltadlo y acabaremos de una vez.

Veremos cómo encaja el plomo.

Me soltaron y de nuevo me derrumbé sobre el diván.

Vi los nudillos de la mano de Novaro ponerse blancos por la tensión y me esforcé en mirar fijamente aquella mano. No iban a verme temblar después de todo. Era cuestión de una milésima de segundo y todo habría terminado...

—¡NO!

El grito inmovilizó a Novaro. El tipo estaba levantándose y sus manos se apretaban contra su cráneo.

—¿Qué pasa ahora, Skiner? —gruñó Novaro.

—Quiero matarlo yo —babeó el aludido—. Igual como maté a Grane... y a Bannister... Todos tienen que morir... Pagar, eso es, pagar lo que hicieron...

Arrebató la pistola de manos de su compinche. Algo estalló dentro de mí. ¡Skiner los había matado! Y además iba a acabar conmigo y escaparía...

Novaro hizo una seña a sus dos esbirros.

—Salid fuera. Puede venir alguien atraído por el fuego...

Los dos salieron más que deprisa. Skiner empezó a reír. Novaro estaba como sobre ascuas...

—¡Vamos, termine! gritó, histérico.

Skiner siguió riendo.

—No lo mataré... Le dispararé al vientre... y lo veré retorcerse...

De pronto me dije que no me importaba morir. Pero tenía que vengar a Crane. Eso era lo que me había impulsado a intervenir en aquel condenado asunto... Antes de caer, Crane debía ser vengado.

Y Skiner seguía riendo...

Novaro se había acercado a la ventana para poder atisbar el exterior. Tenía miedo, un miedo atroz, tal vez a causa de su loco compinche, cuyo nombre no debía ser realmente Skiner, sino otro mucho más exótico...

Sentía el gusto de la sangre en mi boca, la misma sangre que palpitaba en mis venas empujándome a la venganza.

Vi como el cañón del revólver descendía buscando mi estómago.

Iba a morir...

Entonces salté como impulsado por una catapulta.

Todo sucedió al mismo tiempo, como sincronizado. La pistola bramó y la bala dio en alguna parte de mí cuerpo, pero no pudo detenerme. Retumbó por segunda vez, y por segunda vez el proyectil mordió mi carne con dolores de agonía, pero mis manos consiguieron cerrarse sobre Skimer, tirándolo de espaldas.

Logré sujetarle la muñeca armada con mi izquierda. Vi a Novaro que saltaba hacia nosotros cuando yo retorció aquella mano que llevaba la muerte en ella al mismo tiempo que barbotaba loco de ira:

—¡Dispara... bastardo... dispara...!

¡Y Skinner disparó! Completamente enloquecido, pegándome con su mano izquierda en pleno rostro, apretó el gatillo y la bala detuvo a Novaro a mitad de camino, destrozándole la cara y arrojándolo contra la pared.

Mis fuerzas huían a velocidad de vértigo. Lo notaba en todas las fibras de mí cuerpo, mientras oleadas de dolor luchaban por paralizarme... y Skinner seguía machacándome la cara, ya debilitada por los anteriores golpes... ¡Si hubiera tenido mi fiel cuchillo!

Concentré todas mis fuerzas en retorcer la muñeca armada. Todo mi horizonte era aquella automática...

Fuera, y como si vinieran de muy lejos, comenzaron a estallar disparos y más disparos... Era una locura... Y mi cara ya no podía resistir más... y bajo mis dos manos, aquella húmeda muñeca amenazaba con vencerme...

Fuera, los disparos cesaron. Todo quedó en silencio... y luego pasos, gritos y voces...

Y aquella muñeca armada... Skinner barbotaba incoherencias...

—¡Maldito... maldito...! —jadeé.

Concentré cuantas fuerzas me quedaban en doblar la mano del criminal... y poco a poco lo conseguí. ¡Lo conseguía...!

Alguien entró en la habitación. Nuevos gritos...

El cañón, de la automática estaba descendiendo ya...

—¡Quietos!

Alguien gritó. Varias manos cayeron sobre mí cuando yo estaba gritando también con voz sorda, agónica:

—¡Ahora, Skinner, dispara... mátame!

¡De nuevo obedeció, creyendo que disparaba contra mí!

Hubo un estampido. Un acre olor a pólvora quemada entró en

mi nariz haciéndome toser... Una nubecilla de humo... y la mano que empuñaba el arma se relajó.

La nubecilla fue desvaneciéndose entre un silencio de muerte. Debajo de mí, Skinner estaba inmóvil, pero ya no era Skinner... era un cuerpo sin cabeza... Un cuerpo coronado por una masa nauseabunda...

Las manos que luchaban por apartarme de él seguían tirando de mí. Me rendí. Grané estaba vengado.

Me levantaron como a un muñeco. La cara del teniente Travers estaba tan blanca como la nieve, o tal vez me lo pareció a mí, ya que lo veía a través de una niebla que iba espesándose por instantes.

—¡Mulligan! —aulló—. ¿Dónde está?

A su lado apareció, como surgido de un mundo que iba desvaneciéndose, la cara del viejo Chattaway.

—Sí, Mulligan —gruñó también—. ¿Dónde está el paquete?

Eso era cuanto les importaba. El paquete... y yo estaba muriéndome...

—Al... al día... blo...

Fue todo cuanto dije. Me deslicé hacia un abismo de negrura, después caí más rápido sintiendo la agonía apoderarse de cada partícula de mí cuerpo, y después ya nada... oscuridad total... La muerte tal vez...

Pero no fue la muerte.

Cuando de nuevo reviví me encontré todavía flotando en medio de una niebla tan consistente como el algodón. Una niebla con un olor que me daba náuseas.

Formaldehído o algo semejante... Cloro...

—No haga ningún movimiento, Mulligan —me advirtió una voz desconocida—. Estese quieto y todo irá bien... ¿Puede usted verme?

Veía una forma cambiante, como si entre él y yo hubiera una masa de agua. Después, poco a poco, el agua desapareció y me encontré mirando una cara que no había visto nunca.

—¿Puede verme? —repitió.

—Sí...

—¡Magnífico! Siga quieto y dentro de poco podrá abandonar el lecho.

La cara se elevó, flotando en algo blanco... Las paredes eran blancas... y el techo también.

Y, de pronto, como algo insólito, una mancha negra y ondulante. Una cabellera.

—¡Ray!

Edna. Era Edna, que estaba junto a mí.

Traté de sonreír. Vi las lágrimas deslizarse por sus mejillas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, pequeña? —conseguí preguntar con voz débil.

—Tres días...

¡Tres días! Santo cielo...

—¿Y tú... cómo...?

—Me cansé de esperarte. Después, los periódicos hablaron de la batalla, y de ti y... Bueno, vine a tu lado. Eso es todo.

Una voz dijo:

—Ya basta por hoy... Necesita descanso...

Edna se inclinó y sus labios rozaron los míos.

Cerré los ojos y quedé sumido en una especie de sopor en el que no podía pensar en nada...

Hasta que, al abrirlos, otra cara estaba junto a mí.

—¡Usted...!

Chattaway estaba inmóvil. Sonrió.

—Encontré mi paquete, Mulligan —dijo suavemente.

—Ya...

—Se portó usted muy bien, muchacho...

—Sí.

—He conseguido una recompensa para usted... y trabajo, si lo quiere. Así no volverá a beber y...

—Al diablo, viejo. Yo...

—Ya sé, ya sé. Usted lo único que quería era vengar a Crane. Lo consiguió plenamente, aunque no debió matar a Skinner... Vivo...

—Vive hubiera escapado. No era americano... Debía pertenecer a alguna embajada...

—Sí, eso es cierto. Bueno, el médico me ha advertido de que no le canse a usted. Ya volveré a verle antes de regresar a Washington... Si desea algo...

Hice un signo afirmativo. Eso le llenó de satisfacción.

—Dígame, Mulligan. ¿Qué desea?

—Un trago, viejo...

Se echó a reír suavemente y se marchó.

Lo gracioso del caso es que era cierto que deseaba un trago.

Cerré los ojos. Todo estaba bien... Edna...

Pensé en ella. Todo lo demás quedaba borrado, sepultado en un pozo sin fondo.

Sólo ella...

No sé si pensé en ella o si soñé. Creo que fue esto último, porque mi sueño...

Pero eso, es otro asunto que no puede contarse en voz alta.

FIN



FURIA BLANCA

por A. Rolcest

—¿Qué crees que has conseguido con eso, Scarff? ¡Tienes a todo el ejército del Sahara pisándote los talones! ¡Uno de los que iban en el bimotor se salvó... y sabe que hubo sabotaje!... ¡Es el que está aquí!

El mismo grito que antes emitió Shafuk, lo soltó Scarff. Surgió de detrás de la roca, disparando el rifle.

Shafuk continuó gritando, con los brazos en alto, los puños crispados. Y de pronto se dobló...

En el mismo momento en que se desplomaba, Wilt dio un salto de costado. Scarff entrevió una fugaz sombra que se desplazaba, y giró el rifle. Pero ya el revólver de Wilt estaba llameando.

Scarff soltó el rifle. Pero siguió de pie. Dos hilos de sangre uno en cada brazo, parecían sujetarle a un invisible árbol.

Wilt echó a andar hacia él, felicitándose por haber podido dejar a Scarff solamente con las heridas de los brazos. Lo necesitaba vivo.

Maquinalmente dio un rodeo, para esquivar el cadáver de Shafuk. Scarff permanecía como petrificado.

—¿Quién eres? —barbotó.

—Agente del C. I. A. —contestó Wilt.

En los arenales candentes de Africa...

*En los desiertos que no se riegan con agua,
sino con sangre...*

Tiene lugar la acción de

FURIA BLANCA

¡otro gran relato de Colección S. S. que aparecerá dentro de siete días!

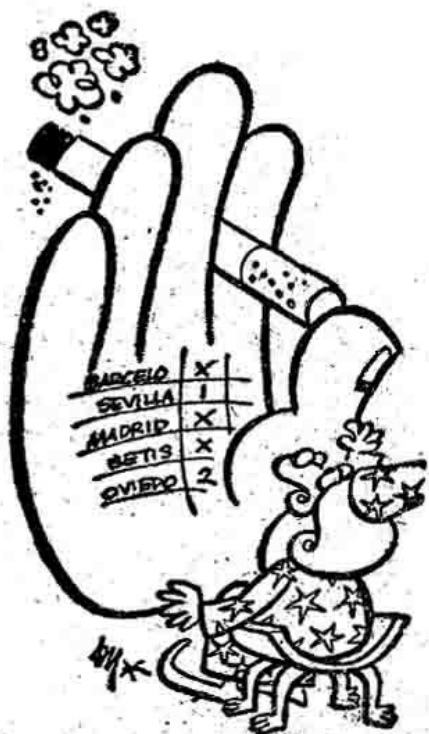
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitandos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**



eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain